

BUENOS AIRES
VERANO DE
1991

PALABRAS DEL
ESPACIO 310

Nº 4

EL OJO MOCHO

¿Fracasaron
las Ciencias
Sociales?

EDITORIAL

Palabras del espacio 310	3
--------------------------------	---

ENTREVISTAS

Juan Carlos Portantiero	4
Alcira Argumedo	11
Oscar Landi	18
Emilio de Ipola	21

ENSAYOS

La sociología del orden, una ideología triunfante <i>Por Horacio González</i>	23
Historias de vida <i>Por Eduardo Rinesi</i>	25
Palas Ateneas o Mercurio <i>Por Christian Ferrer</i>	26
Salió movida <i>Por Leonora Kievsky</i>	27
Militante, un agitador de sueños <i>Por Graciela Daleo</i>	28
Siete años después <i>Por Esteban Vernick</i>	29

RESEÑAS CRITICAS

Pensamiento trágico y pensamiento social <i>Por Horacio González</i>	30
Todo lo que Usted siempre quiso saber sobre el campo (y nunca se atrevió a preguntar) <i>Por Eduardo Rinesi</i>	32

DOCUMENTO

A nuestros colegas y alumnos	33
José Aricó	35

Año 1, N° 1, Buenos Aires,
Verano de 1991.

Grupo editor: Horacio González, Eduardo Rinesi,
Federico Galende (en Chile), Esteban Vernick
(en México), Leonora Kievsky y Graciela Daleo.
Composición y armado: Estudio Crear.

El Ojo Mocho

críticas & tribulaciones

PALABRAS DEL ESPACIO 310

Esta revista nació en un aula (la 310) de la Facultad de Ciencias Sociales, un aula medio incendiada, y con una pregunta descolorida: ¿Fracasaron las Ciencias Sociales en la Argentina? En varias entrevistas y artículos van disponiéndose las variopintas respuestas. Argumedo, Portantiero, Landi y de Ipola dicen lo suyo. Y escriben -escriben, como dicen las revistas en sus tapas- algunos muchachones y chiquillas: González, Rinesi, Ferrer, Vernick, Kievsky, Daleo.

Revisando episódicas instalaciones de actualidad, vemos que los sociólogos se han colegiado. Hace algún tiempo obtuvieron su ley. No seremos nos, los representantes del discrepar argentino, quienes lancemos nuestro refutante resquemor. Tienen derecho a legalizarse y colegiarse los sociólogos. Pero señálemoslo: Sólo al alto costo de ver su potencial innovador severamente erosionado es que la sociología ha llegado a ser hoy una profesión. Desde luego, no parece que nadie se vaya a sentir habilitado en el futuro para señalar algún "ejercicio ilegal" de la sociología. Pero el profesionalismo de la sociología lo tenemos a la vista. Junto a la nueva clase política que se está formando en este país en el que la pasión de la crítica está en retirada, pululan sociólogos electorales, sondeadores de opinión, psicólogos sociales del indeciso, ideólogos de las imágenes institucionales, semiólogos empresariales, analistas de performances partidarias, *tout por encarge*. *Voilà*, la sociología fracasó en su anuncio de un mundo social renovado, pero un puñado esclarecido de sociólogos no han fracasado. Comen en el banquete de los políticos afortunados y de los empresarios que "supieron interpretar la coyuntura". Es cierto que miles de sociólogos, recibidos en oleadas anteriores, cumplen con su inscripción en algún lugar de la red estatal desmantelada o de las más diversas instituciones, acunados por la insistencia de que se tomen en serio esta vieja ciencia desflecada. Ellos son una reserva transformadora, dormida en el vientre de los organismos públicos. Pero sobre todos se cierne el aleteo amenazante de la conversión de la sociología en una ciencia burocrática que, junto a la politología, fundará irremediablemente -ya lo ha hecho- burocracias colegiadas o burocracias mentales. La sociología, en fin, perdió creatividad. Se hizo una pobre institución madura sin haber gozado de importantes rebeldías juveniles. No quedan grandes obras del inmediato pasado, y lo que hoy se ve es la jerigonza del semiólogo oficialista de turno. Imaginamos esta revista para insistir, pues, con un viejo tema. ¿Pueden las ciencias sociales seguir siendo un síntoma de lo moderno y no perder al mismo tiempo su rebeldía intelectual? Una respuesta posible se podría obtener buceando en la historia de la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires. De éste y otros temas colindantes trata este número de **El ojo mocho**. Sin duda, creemos que es posible darle otra textura ética y científica a las ciencias sociales. Pero para ello no habrá que llamar ciencia a un modesto repositorio metódico que hoy ya no resiste el peso de los ideologismos subrepticios que transporta. Ciencia, conjunto dialogado de saberes críticos, es lo que aparece cuando el sujeto, las instituciones y el mundo de la vida se dejan dominar por el asombro de lo ya creado y la alegría de lo imprevisto. De lo uno y de lo otro declárase admirador

El ojo mocho.

¿Fracasó la sociología en la Argentina?

Acaso es tiempo de que los saberes sociológicos, sempiternos enjuiciadores de los comportamientos de los "actores sociales", sutiles -y despiadados- develadores de miserias y corporativismos ajenos, vuelvan críticamente la mirada sobre sí mismos,

reflexionen sobre su propia historia y no esquiven el picante bulto de la pregunta por la posibilidad de su propio fracaso. En esta dirección orientó El Ojo Mocho sus diálogos con Juan Carlos Portantiero, Alcira Argumedo, Oscar Landi y Emilio de Ipola.

JUAN CARLOS PORTANTIERO:

La creación de instituciones.

El tema en cuestión son los 30 años de ciencias sociales en la Argentina, desde la fundación de la carrera en la Universidad, asociada a un proyecto modernizador, pasando por las diversas etapas del drama político de los '60 y los '70, y luego su situación actual, dando origen a otras disciplinas afines. Las ciencias sociales parecen haber llegado a su límite. ¿Han fracasado las ciencias sociales en la Argentina?

- Yo diría que fracasaron las ciencias sociales en la Argentina; que fracasó el proyecto de instalación de las ciencias sociales en la Argentina. Pero en todo balance de fracasos, habría que ver en relación a qué tentativas. Las ciencias sociales se instalaron aquí de la mano de Germani, pero no sólo de él, pues era un conjunto de actividades que llevaban, digamos así, a la modernización humanística. Tal modernización haría de estas disciplinas un proyecto de conocimiento científico, con un sustento de cientificidad parecido al que tienen las ciencias naturales. A partir de allí se esperaba terminar con toda la charamusca del ensayismo, del intuicionismo y de todas las formas de pensamiento romántico que influían en el conocimiento social. Si esto era el objetivo del proyecto cultural que venía detrás de la instalación de las ciencias sociales, eso fracasó. Y yo diría: por suerte fracasó. Porque me parece que ese proyecto implicaba una desmesura absoluta. Implicaba una visión excesivamente cargada de iluminismo respecto a comprender cuál era la capacidad de los intelectuales para inteligir la realidad en que se movían. En ese sentido, ese proyecto cultural y no sólo profesional, que podríamos denominar como una modernización post-peronista, muy rápidamente se reveló como un camino sin salida. Al final de los '60 y principios de los '70, ese proyecto recibió un duro cuestionamiento. La sociología científica de esta etapa "post-peronista" se encontraba con que la realidad social la desbordaba por todos lados. En todos lados estallaba el paradigma sobre el cual la sociología científica se había constituido. La "trampa", entre comillas, de Germani, pues era una trampa de época, era considerar que una escuela sociológica específica -en este caso, la escuela funcionalista- era la sociología. Un texto de Kinsley Davis que circulaba, me acuerdo que afirmaba que el funcionalismo no podía ser considerado una sociología particular, sino su forma más acabada. En Estados Unidos y en Europa ya no hay muchos vestigios de ese pensamiento, que es colocado en crisis por la revolución cultural. Toda la contracultura que allí surge tiene como uno de los primeros objetivos la crítica de la sociología académica. El ciclo de expansión

y constitución de esta sociología, entonces, fue bastante corto. No sólo lo cuestionaba la realidad histórica, sino la infecundidad del paradigma elegido.

- ¿Qué queda entonces del proyecto de esa ciencia social que postulaba de todos modos acompañar un tipo de sociedad que se veía como más auspicioso? ¿Qué queda de esa relación entre una forma de la ciencia y una forma más aceptable de la sociedad?

- Creo que el momento en que desembarcan las ciencias sociales en la Argentina, con la creación de la carrera de sociología, no es un momento casual, pues ellas no podían surgir durante el gobierno del primer peronismo, salvo como oposición. Esta situación se expresaba en revistas como *Imago Mundi*, o en otras revistas que surgían desde fuera de la Universidad, que en el campo de las ciencias sociales estaba manejada por los ecos del irracionalismo alemán, vía Ortega y Gasset. El discurso de aquella sociología, el de Tecera del Franco, el de Poviña, era algo afín a este énfasis orteguiano, y quien dirigía el Instituto de Sociología era Ricardo Levene, lo que da una idea de cuál era la política para las ciencias sociales. Por eso la sociología aparece con el post-peronismo, cuando se cree que la Argentina podría darse un rápido proceso de modernización de hábitos culturales, de estructuras económicas y todo lo que estaba ligado a la "segunda fase de la industrialización". No hay un símil más perfecto en materia política de lo que sería el ideal de esa Universidad del '55 al '66 que lo que quiso simbolizar Frondizi, con el intento de incorporación del país a las corrientes del pensamiento mundial, la apertura al capital extranjero, la desprovincialización de la cultura y la modernización, con todas las consecuencias que eso implicaba. El progreso era una idea central, que se manifestaba en la incorporación de tecnologías y en una idea de la realidad como algo mensurable, cuantitativamente comprobable. Estos desarrollismos post-populistas, para darles este nombre, coincidirían con lo que la sociología venía a revelar, como instrumento neutral de evaluación de la sociedad. El discurso sobre lo social era colocado en el mismo plano con la realidad que podía tener una política de desarrollo económico.

- Ahora, si esa ilusión fue tan breve, ¿puede ser caracterizada por un texto, por un libro, por ejemplo, "Estructura Social en la Argentina", de Germani?

- Estructura Social en la Argentina es más bien un libro que se prepara en cierta penumbra de gabinete, con el manejo de estadísticas. En ese sentido es un libro francamente útil. Pero la impronta ideológica es sobre todo la que se despliega en el otro libro de Germani, Política y sociedad en una época de transición. Son artículos que van desde el '55 hasta principios de los '60. Y en libros como Argentina Sociedad de masas, que fue aquella Antología donde parecía como una empresa posible esta idea del ingreso de la Argentina a la modernidad. Pero en 1966 este ciclo ya aparece imposible. Además, con la intervención de ese año, la Universidad aparece ocupada justamente por representantes de aquellos pensamientos que habían regenteado la primer universidad peronista, ligados al pensamiento católico de derecha. A partir de allí parecerá cada vez más anacrónico el discurso de la sociología científica. Esto tenía que ver, por un lado, con todo el despliegue de lo que se llamó pensamiento nacional. Y un poco más allá, con toda la reinención del peronismo, a través de Jauretche, Hernández Arregui e incluso Scalabrini, de los que yo diría que son pensadores peronistas del post-peronismo. También irrumpe un marxismo anti-PC, que de alguna manera se involucra en la conflictualidad que había en el marxismo de entonces, vía revolución cultural china, surgimiento del guevarismo, del gramscismo, y todas las vetas tendientes a robustecer lecturas voluntaristas e historicistas frente a lecturas tipo diamat. Y por otro lado, ese discurso medio híbrido que aparecía como el discurso de la rebelión estudiantil, pero que además codificaba un corpus teórico que era el del estructuralismo francés. Todo esto aparece muy rápidamente, opacando totalmente el lugar que ocupaba la sociología científica. No parece ser un azar que Germani se vaya del país en 1965, abandonando la idea de que aquí podía proseguirse con lo que él había implantado al promediar los '50.

- O sea que la sociología se pierde en manos de una politización general de la idea de la ciencia, representada por un lado por el ensayo nacional-popular, más nacionalista o más populista según los casos, y por otro lado por un movimiento estudiantil que sustentaba implícitamente las tesis del estructuralismo.

- Por eso yo hablo de una reinención del peronismo, porque el lugar de la ideología peronista es reconstituido desde fuertes imaginarios de izquierda; en este caso: de izquierda nacional. Estos pensamientos habían sido marginales como producción intelectual del '45 al '55.

- ¿Y cómo ubicás en esa situación tu libro con Murmis, "Orígenes del Peronismo", que es del '72, no es cierto?

- No, es anterior: del '68, '69, porque tiene que ver con un documento de trabajo. Lo ubico como un producto intelectual que por un lado intentaba romper con algunos prejuicios fuertes del ginogermanismo, concretamente en el tema de la discusión entre migrantes, obreros nuevos, obreros viejos, en el proceso de configuración del peronismo. A partir de lo cual se dan otros intentos de revisar las tesis de Germani sobre el peronismo. En este sentido, el libro tiene cierto carácter pionero. Pero también está hecho desde el Centro de Investigaciones del Instituto Di Tella, como parte de un proyecto de investigación de ese centro, creado justamente por Germani. Este Centro se regía con los patrones académicos que Germani había señalado como requisitos para la investigación. Por eso, la discusión con ciertas tesis de Germani sobre el peronismo se hace en el interior de un discurso que resulta muy deudor de esa tradición. En ese sentido, el libro tiene mucho más la forma de un estudio sociológico que trata de cumplir con ciertos recaudos del conocimiento científico, entre comillas, que con los presupuestos de un ensayo socio-político.

- Una duda que podríamos formularle, al pasar, sobre la presencia de Milcíades Peña en el libro...

- Hay una presencia de Milcíades Peña en el libro. Hay una idea de

Milcíades Peña que a nosotros nos sedujo, pero hay un rechazo total de las conclusiones que obtenía Milcíades Peña de sus premisas. Lo que a mí me parece que Milcíades Peña hace de muy importante es revalorizar ciertas características de la década del '30 para el análisis de la historia social argentina: No era el retorno de la oligarquía pastoril, el retorno de un tiempo perdido, sino un momento de ruptura con el pasado anterior. Al contrario, allí se instalan fuertemente las pautas de la Argentina moderna: urbanización, industrialización, reclutamiento del proletariado sobre la base de migraciones internas, etc. Con lo cual lo que Peña busca señalar es que el peronismo no es otra cosa que una mera continuidad de la década del '30. Nosotros recogíamos este elemento de continuidad de la tesis de Peña en los patrones básicos de la transformación social, pero rechazábamos la idea de que el peronismo fuera la manifestación política de esa continuidad. El peronismo no nos parecía como algo que surgía de la nada, tentación en la que caían críticos y simpatizantes, sino como un conjunto de respuestas a preguntas que se plantean en la década anterior. Pero eso implicaba también una discontinuidad muy fuerte. Esta visión de la discontinuidad no estaba presente en el discurso trotskista de Milcíades. Era muy fino para advertir ciertas cosas, pero llegaba también a conclusiones políticas de enorme simpleza... como decir que el peronismo era el gobierno de los estancieros.

- Lo interesante de Milcíades Peña es su visión de la sociología, que percibió como un saber moderno, como un terreno válido para la disputa de posiciones teóricas e incluso no desdeñó análisis de tendencias del mercado usando técnicas sociológicas por entonces recién introducidas en el país.

- Sin duda, lo que también le servía para hacer una crítica al pensamiento stalinista, que aparecía como un pensamiento talmúdico, repetidor de textos y sin vocación de indagar la realidad. Yo lo que diría es que en Milcíades había una recepción crítica de toda la sociología de Wright Mills; pero lo que sobre todo había, y eso no era muy común en la izquierda, era un rescate de lo que podríamos llamar el componente empírico del análisis, que entonces sí lo acercaba al discurso sociológico y poco al discurso político de la izquierda de aquel momento, más histórico.

“Si hubiéramos hecho otra cosa que lo que hicimos seríamos otra persona, y no la que efectivamente somos, la que ahora puede pretender mostrar la continuidad de ciertos valores centrales.”

- La reivindicación que hay en "Orígenes del Peronismo" de la experiencia del Partido Laborista, considerado "autónomamente orientado", evidentemente impactaba en la coyuntura política de aquel momento ...

- Bueno: vuelvo a decir que fue escrito en el '68. El lector que lo leyó en el '72 ya tenía una realidad que podía llevarlo a interpretaciones distintas. Pero el libro fue escrito antes de la eclosión social del Cordobazo. No se olviden que desde el '66 hasta el Cordobazo parecía que la Argentina había entrado en una suerte de ... la Argentina era un lugar donde no pasaba nada, ¿te acordás? Incluso después del primer retorno fallido de Perón, en el '64, Perón mismo parecía un perro muerto. Era como un personaje extrañísimo que vivía en España, que casi no tenía repercusión. En esa situación de inmovilidad general, no había posibilidad de que pensáramos la cuestión de la autonomía de clase del Partido Laborista como una metáfora que nos evocaba algo que queríamos que sucediera en el momento que escribíamos el libro. Lo del Partido Laborista apareció como una *trouvaile*, una perla sociológica. El Partido Laborista era un hijo indeseado, un hijo culpado por el peronismo, que nunca hizo la historia de su reivindicación. Para el anti-peronismo tampoco era algo que tuviese algún sentido, al punto tal que Germani ni lo considera cuando tiene que analizar la constitución del peronismo. Nosotros lo vimos de repente como ese eslabón perdido que nos interesaba encontrar, pues permitía reconstruir la unidad de una historia, como historia de la clase obrera. Reconstruir el peronismo como parte de la historia de la clase obrera y no como un accidente que le aparece a la clase obrera, porque el Partido Laborista estaba constituido fundamentalmente por dirigentes que venían de la década anterior. Yo no le agregaría hoy a la cuestión del Partido Laborista más que eso, que aparecía muy servicial a la tesis que estábamos desarrollando.

- En "Orígenes del peronismo", según decís, había entonces un intento de reconstruir la historia de la clase obrera argentina, discutiendo con Germani aunque con un estilo de investigación sociológico que tenía afinidad con el rumbo que había abierto Germani. No se nota aquí lo que podrían haber sido frutos más maduros de la presencia de Gramsci en la investigación social. Al mismo tiempo vos venías de lo que podríamos llamar un cierto gramscismo "aplicado", en tu libro temprano, "Realismo y realidad en la narrativa argentina". No sé si conservás un ejemplar. Por mi parte, tengo uno...

- Sí, claro, lo tengo. Pero bueno, simultáneamente con el libro sobre el peronismo, nosotros estábamos sacando la revista *Pasado y Presente*. Ahí el gramscismo no se diluía para nada, comenzando por su propio título. Lo que ocurre es que con el trabajo sobre el peronismo enfatice un elemento del que consideré que hasta aquel momento adolecía, que era cierta capacidad de rigor profesional. Mis relaciones con la sociología fueron siempre muy accidentadas. Y en general lo fueron con los estudios universitarios. Terminé la carrera en el '66, creo, y mi primer ingreso a la universidad habrá sido en el año '52, pasé primero por Letras y luego de un vacío grande, fui a Sociología, y siempre con varios paréntesis. Lo que en realidad yo hice desde el '51 hasta el '63, fue mucha actividad política, como militante del Partido Comunista, incluso como militante profesional. Rompemos con el PC en el '63, con todo el grupo *Pasado y Presente*, emprendemos una aventura política, con un final malo, como tienen en general estas aventuras; lo único bueno es que fue más o menos rápido; y al terminar la carrera, digo: "y qué, ya soy un sociólogo profesional, tengo que mostrar si lo soy realmente, a través de alguna capacidad de trabajo". Entonces, el libro sobre el peronismo, básicamente, para mí significó ese ejercicio, esa demostración. Simultáneamente, podía mantener un discurso ensayístico político que iba para otro lado, con otros ecos, otras resonancias.

- Una curiosidad. No veníamos a hacerte estas preguntas: pero, ¿te

acordás de aquella huelga que hicieron los alumnos de Metodología, en el '63...?

- Sí, aquella dónde estaban Daniel Hopen y además...

- Me acuerdo que yo estaba en una comisión, que también era la tuya; teníamos el mismo ayudante...

- Sí, era...

- Juan Carlos Torre. Me parece que en la carrera de sociología nunca hubo un acontecimiento del movimiento estudiantil en pleno, tan vinculado a una cuestión teórica y pedagógica, cuestionando el contenido de una materia.

- Era una huelga contra el "empirismo abstracto".

"Agosti fue un tipo que tenía muchas más virtualidades que las que el PC le permitió desarrollar. Pero nunca se animó a cortar esa relación."

- Sí, con Wright Mills a la cabeza, usando el libro "La Imaginación Sociológica" contra las profesoras de Metodología puestas por Germani, aunque había sido Germani quien prologaba ese libro de Mills, bastante elogiosamente por cierto.

- Me acuerdo un poco vagamente. Me acuerdo de Hopen, de Marcos Schlaster. Yo no fui un participante activo en eso. No actuaba en política universitaria.

- Ahora, aunque resulte un poco desordenado, te llevamos al '84.

- La vuelta de México.

- Sí, exactamente. Ese año hubo un debate que tiene que ver con la ubicación de las ciencias sociales frente a las urgencias políticas inmediatas. Hasta el día de hoy se discute si frente a un conflicto social tiene más relevancia un cientista social o un bombero.

- Cuando volví de México, ya en ese momento las ciencias sociales ocupaban en el debate político un lugar muchos menos significativo que el que tenían hasta 1974. La materia que yo daba en el '72, '73, tenía 1500 alumnos, y la carrera de sociología era multitudinaria. Luego del '83, eso quedó muy reducido, y no vemos la entidad que tuvo en el período anterior, y que nunca va a volver a recuperar. En el debate general, a mi retorno de México no ví que las ciencias sociales tuvieran ninguna centralidad equivalente a la de antes.

- Pero los científicos sociales aparecen en distintas actividades, específicas, realizadas desde aparatos o instituciones estatales.

- Puede ser, por ese lado sí. En realidad, los partidos políticos

incorporan científicos sociales. Hay una incorporación con el rol de asesores políticos.

- Sería una paradoja, en todo caso. Cierta decrecimiento de la importancia crítica de las ciencias sociales en el debate general, y un terreno nuevo que se le abre a los sociólogos como profesionales adjuntos al cuidado de cierta racionalidad política.

- Las dos cosas sucedieron, efectivamente.

- Hay un paradigma que, digamos, está muy ligado a tu rúbrica, y que tiene que ver con el debate sobre las teorías democráticas, recuerdo en el 83 una manifestación de alumnos en una Asamblea multitudinaria, una de las más grandes que he visto, donde se discutía cuál era la situación tuya y la de Ipola. La Asamblea era cuando la carrera estaba en las catacumbas de Derecho. Había salido una solicitada en "La Prensa"; los estudiantes se pronunciaban contra el plantel de profesores de la dictadura y exigían la presencia de los que volvían del exilio...

- Cosa que luego se resolvió por un trámite completamente burocrático

- Pero lo que quiero formularte es en relación a las expectativas que tenía el movimiento estudiantil en ese momento. Luego aparece como cierto desencanto...

- Seguramente. Allí hubo un período de 7 años, en los cuales no sólo yo, sino parte de esa generación - vos nombraste a de Ipola, también Aricó, una pila de gente -, que en los años 70 actuamos más o menos juntos, discutíamos mucho. Nadie sabe, o nadie tiene por qué saber qué estábamos discutiendo en México; no había por qué imaginar qué habíamos pensado durante esos 7 años. Ocurre que sobre lo que un grupo de gente pensó durante todo ese período hay testimonios, pero éste es un país que no recupera su memoria. Durante ese tiempo sacamos una revista, *Controversia*, con Casullo, Toto Schmucler, Caletti, yo, Emilio, Aricó... todo ese debate aparece aquí cuando nosotros llegamos, pero nosotros ya lo habíamos procesado. Si, efectivamente, hay una sorpresa, es porque la fotografía mía y la de todo un grupo estaba congelada en el año 73; bueno, nadie tiene la culpa de que hayan pasado 11 años en los que hicimos la rediscusión de toda la cuestión política e intelectual argentina.

- Pero allí hay una cuestión que por lo menos a mí siempre me resulta difícil de resolver. Es cierto: decimos "éste es mi proceso y aquí están mis mutaciones", pero en el diálogo con quienes observan esas mutaciones con cierta sorpresa, siempre se producen inconvenientes. Y tal como aquel personaje de Sartre de "Las manos sucias", uno se encuentra que no sabe qué hacer con su pasado biográfico. En este sentido, la pregunta sería algo así como cuáles son los métodos o interrogantes con los que vos hacés esas revisiones.

— A mí me resulta muy difícil, porque cada vez que hice las cosas que hice, presuponía que era lo mejor de lo que estaba a mi alcance hacer. Por eso, para mi balance personal, se hace difícil justificar razonamientos del tipo "si hubiera hecho tal otra cosa". Si hubiéramos hecho otra cosa que lo que hicimos seríamos otra persona, y no la que efectivamente somos, la que ahora puede pretender mostrar la continuidad de ciertos valores centrales. Desde luego, el único que puede juzgar esa continuidad es uno. El único que puede juzgar mi continuidad personal soy yo. Esa continuidad de valores centrales, desde el momento de mi primera afiliación política - en 1951, como les dije, a la juventud comunista - hasta el día de hoy en que estamos hablando, de valores no abandonados por mí, son los que a partir de allí, me permiten una construcción. Me he ido construyendo, hice cosas. Se produce una construcción en la acción, y todo eso forma un sujeto, todo eso compone lo que yo soy. Por eso, no tengo derecho a

decir "lo que hice está mal", por lo menos, desde una perspectiva que ignore que, simplemente, cambié.

- Quizás, lo que introduce alguna diferencia entre una y otra persona, es el mayor grado de dramatismo o asombro que pone al ver su propio pasado.

- En esos casos, ocurre que alguien podrá tener una imagen más idealizada de lo que debió haber sido.

- Te mostraste como alguien que se arroja a o se ve arrojado a la política, y que después desea mostrar que las ciencias sociales no le eran ajenas en su profesionalidad. ¿Hoy cómo ves esa relación?

- Es difícil responder eso. A lo que más gusto le saco, como experiencia personal, no es ... no, no podría decirles que ésta es una manera en que yo estoy tratando de relacionar mi vocación por las ciencias sociales con mi vocación por la política. No sé a esta altura si tengo tanta vocación por las ciencias sociales y tanta vocación por la política. A lo que más gusto le saco, y aquí sí veo no tanto la profesión del sociólogo sino cierto feeling por lo social, es a ser protagonista de un proceso de creación de instituciones. Es decir, tengo una especie de mirada sociológica sobre lo que yo estoy haciendo, como si estuviera viendo un proceso con mi propio pellejo, para decirlo de alguna manera, un proceso dramático, con todos sus cruces de relaciones y construcción de nuevas relaciones, un proceso de creación de instituciones que en este caso particular, a mí me sitúa como alguien consciente de que está haciendo eso. Soy consciente de que soy un protagonista de la creación de una institución, y de que, con otros, puedo imaginar proyectos y en la medida en que no sean totalmente ridículos o delirantes, ver cómo se constituyen. Y ver cómo eso conforma un tramado que del cual va emergiendo una institución.

- Considerando ahora algunos temas de la presencia gramsciana en tu itinerario intelectual, te queríamos preguntar por la figura de Héctor Agosti. En el libro de Aricó sobre los gramscianos argentinos se menciona una cita que Juan José Hernández Arregui hace del libro "Nación y Cultura" de Agosti. Lo ve con interés, se asombra por la proximidad temática y al mismo tiempo dice algo así como que sus hallazgos serían más importantes si no se basasen en un autor extranjero. El autor extranjero era Gramsci.

- Bueno, Agosti aparecía como la figura intelectual más atractiva del PC, por lo menos para nuestra generación. Siendo un dirigente del partido, era también el que menos se ligaba a visiones dogmáticas o stalinistas de la cultura. Aún defendiendo el realismo, un tema caro a las estéticas oficiales partidarias, jugaba siempre en un marco de mayor amplitud. Conmigo particularmente, compartió una relación casi de maestro. Mi ligazón era estrecha y él, por su parte, me protegía bastante. Era muy parco, casi antipático. Pero creo que albergaba el deseo de que yo fuese su discípulo predilecto. Y ciertamente, me interesaban las mismas cosas, hablábamos de los mismos temas. Agosti está muy presente en *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, ese librito mío que está hecho dentro del PC pero que es un prólogo a mi ruptura. Tenía 24 años cuando lo escribí. Hoy veo ese libro con cierta ternura... Lo había editado la editorial Procyón, paralela al PC; se distribuyó bastante por América Latina. No lo he vuelto a leer ni me animaría a hacerlo, pero no me deshonra de ninguna manera. Formaba parte de una corriente común que Agosti había inaugurado en los años 40 con su libro *Defensa del Realismo*. La lucha fuerte era contra lo que nosotros llamábamos sectarios. Uno de ellos, Salama, se hizo ahora partidario de filosofías ocultas. Salama había publicado unas notas contra Arlt acusándolo de fascista. Pero, en verdad, la historia de los jóvenes que en esos años -56 y 57- se acercaban al partido comunista, es bastante curiosa. Si les doy algunos nombres, no lo van a poder creer. Además de los nombres fuertes, como Juan Gelman, están Ezequiel Gallo, Manolo

Mora y Araujo, Francis Korn, sobre los que Sciarreta tiene bastante influencia. Recuerdo las reuniones en "El Ciervo", en Corrientes y Callao. Esto representó un impacto muy grande sobre un grupo comunista tradicional, muy cerrado. Hubo un par de conferencias de intelectuales comunistas a nivel nacional, donde Rodolfo Ghioldi nos dio con un hacha a todos. Volviendo a Agosti, nos interesaba más por que él recogía cierta tradición de lo que lamaba el marxismo occidental en relación al marxismo soviético. El es el responsable de las primeras ediciones de Gramsci, que son bastante tempranas entre nosotros. Creo que Gramsci se tradujo primero acá que en ningún otro idioma, Agosti seguramente conocía a Luckács, aunque no podía ser citado, y estaba muy vinculado al marxismo francés y al marxismo italiano. Cuando a mí me echaron del Partido, Agosti se enojó conmigo. El quería a toda costa que me quedara. En la ceremonia de expulsión, que tenía todo un ritual (era un juicio, que después de todo tenía la ventaja de que no podían mandarte a Siberia), Agosti trató de salvarme. Pero lo que yo quería era irme. De modo que no agarraba ninguna de sus sogas, como él después comentó. "La pucha, yo le estuve tirando cables toda la reunión y no agarraba ninguno". Fue en el 63. No lo ví más. Esas expulsiones eran excomuniones. Y él terminó también bastante disgustado con el Partido, bastante arrinconado. Fue un tipo que tenía muchas más virtualidades que las que el PC le permitió desarrollar. Pero nunca se animó a cortar esa relación. El introduce a Gramsci, efectivamente, como clave metodológica, o analítica, a veces con cierto forzamiento. Por ejemplo, en su Echeverría, como bien dice Aricó. La idea la tomaba de De Santis, un antecesor de Gramsci, autor de una gran historia de la literatura italiana. Así, trataba de buscar, frente a la tradición liberal y contra la tradición nacionalista, una suerte de tradición democrática. La generación del 37 era vista como un ensayo para evitar lo que en términos actuales sería el populismo y el liberalismo oligárquico. En este traslado, postulaba que eso tenía que ser la izquierda en la Argentina. Eso mismo intenta el Grupo Contorno desde el sartrismo. Para Agosti, este discurso era susceptible de ser pensado dentro del marxismo. Esa es la tesis de Nación y Cultura, tanto contra el nacionalismo cultural como contra el cosmopolitismo sin raíces. Estas tesis también están en otro libro de Agosti de esos años, El Mito liberal. De ese título yo soy el responsable, porque primero se llamaba "Cartas a un liberal", pensado como una carta a Carlos Alberto Erro, un liberal que a su vez simpatizaba con el partido. Yo le dije que le pusiera un título más fuerte. Y salió El Mito Liberal. Me acuerdo que ese diálogo lo tuvimos en la redacción de Nuestra Palabra, que él dirigía y cuyo secretario de redacción era yo. También lo era de Cuadernos de Cultura. Donde Agosti iba trataba de ubicarme junto a él. Su clave era ver a la Argentina del modo en que Gramsci veía a Italia, como una revolución democrática fracasada. En el siglo XIX, la burguesía no había podido hacerse cargo de la tarea democrática, ese lugar era ocupado por una oligarquía liberal

"Yo sigo pensando que Gramsci es la figura más importante del marxismo de este siglo."

cosmopolita y dependiente, que venía como contrapartida a una nacionalismo de tipo feudal, para usar esas categorías. La clase obrera debía cumplir con esa revolución fracasada, pero ya como revolución democrática. Eso, que era Agosti, no estaba tan lejos de lo que era la línea general del PC. Pero él le daba a todo eso los fundamentos que obtenía de la lectura de Gramsci. Hace traducir primero las Cartas de la Cárcel, un Gramsci mártir del fascismo. Pero luego impulsará la edición del Maquiavelo, del Croce, de Literatura y Vida Nacional, uno traducido por Sciarreta, otro por Aricó y otro por el propio Agosti, que también lo prologaba.

- La ruptura del 63 evidentemente tenía un sello gramsciano, como si hubiese fructificado de otra forma el Gramsci que había introducido Agosti.

- Claro, la Revista Pasado y Presente tomaba su título de uno de los libros de Gramsci.

- En ese peso que tenía Gramsci para los rupturistas, ¿podés resumir todo lo que va desde la ruptura hasta el número de "Pasado y Presente" del 73? El peronismo era un fenómeno bastante esquivo, incluso para quienes contaban con conceptos como "bloque histórico" y "voluntad nacional-popular".

- Es que no se trataba sólo de Gramsci. Nosotros hacíamos una especie de cóctel, donde Gramsci convivía con Guevara y la Revolución Cultural China. En ese conjunto nosotros veíamos posibilidades de articulación, con un discurso historicista y voluntarista frente a otro que nos parecía especulativo y cientificista. Cualquiera de esas tres entradas (el culturalismo, Gramsci o Guevara) nos ayudaba a pensar las cosas de esa manera. Aunque utilizábamos más a Gramsci, por sus análisis sobre la cultura y las clases subalternas. En cuanto al 73, cuando aparece quebrado el ciclo que se abre en el 55, la constitución de la alternativa se relacionaba con la capacidad mostrada por el peronismo para retener la clase obrera. Esa alternativa debía tener una base socialista. Más que una apuesta al peronismo era una apuesta a que en el interior del peronismo surgieran movimientos de recomposición política orientados al socialismo. Era una fusión de clasismo Sitrac-Sitram con un escenario cultural para la clase obrera que nos parecía colocado en el interior del peronismo. Una apuesta que estaba equivocada. Y todo esto en el marco de una cultura política generalizada que apostaba a la guerra y al partido armado. Cuando Sebrelli dice que Pasado y Presente era un órgano oficioso de Montoneros está macaneando, porque nosotros nunca nos colocamos allí. Para nada. Incluso teníamos problemas. Yo personalmente los tenía en la Universidad, en relación a la polémica entre "cátedras nacionales" y "cátedras marxistas", así llamadas. Pero por otro lado debo decir que de alguna manera todos fuimos montoneros, no literalmente, sino como elección de una cierta inflexión histórica. El que no era de montoneros, en ese sentido metafórico, era del otro partido armado que había en la Argentina. Gramsci servía para apuntar ciertos elementos existentes en la clase obrera peronista, una experiencia de clase con perspectivas consejistas y de democracia de base, conceptos que sacábamos de la obra gramsciana para interpretar el conflicto social argentino. Por otra parte, el número de Pasado y Presente donde aparece la mayor referencia a montoneros, está dedicado al tema de los consejos de fábrica. Así que nosotros teníamos un discurso que realizaba un "zurcido" de una cantidad de cosas, un "paquete" de ideologías.

- Durante la charla de Salvatore Vaca, días pasados, hiciste una afirmación, en relación al momento actual del "ciclo Gramsci" en la Argentina. Acabás de mencionar otros tres o cuatro momentos muy importantes de ese ciclo que también incluye la transición democrática pos-83. Escuchando la conferencia de Vaca aparece

otro Gramsci más. En un momento de pos-transición, en que son otras las preocupaciones teórico-políticas en la Argentina, ¿hay realmente elementos para considerar que hay un Gramsci adecuado también a este momento?

- Bueno, lo que yo le dije a Vaca en esa oportunidad es que me parecía que forzaba un poco las cosas. Vaca es uno de los pocos, del ex-PC, ahora PDS, que trata de acentuar elementos de continuidad, frente a otros que desde el nombre para abajo, acentúan elementos de ruptura con la tradición. Vaca afirma la continuidad y cree ver entonces otro Gramsci, teórico también de esta fase. Yo pienso que Gramsci es muy dúctil y versátil, y traté de decir eso en mi libro *Los usos de Gramsci*, titulado así con toda intención, pues ese discurso abierto, como es el gramsciano, admite interpretaciones nacional-populares, clasista-consejistas, etc. Pero no me muestro tan dispuesto a aceptar que sirva para un discurso de la época del colapso de los socialismos reales. No es compatible, sin duda, con esta

“Pero el desafío sigue siendo cómo modernizar sin producir un retorno al pasado y sin comprar el presente que vende el neo-conservadorismo.”

mundialización de los valores económicos y culturales capitalistas. Vaca acentúa elementos gramscianos referidos a la crítica interna a la revolución rusa, más bien al estalinismo y a la revolución pasiva del estado soviético. Esto está en Gramsci, pero no los otros elementos que Vaca quiere plantear. Para Vaca, en síntesis, se trata no de pensar el mundo desde la nación, como hacíamos antes, sino a la nación desde el mundo. Con lo cual aquí hay un socavamiento de la categoría nacional-popular muy fuerte, y la democracia no puede pensarse sólo bajo su aspecto liberal-representativo. Estos temas no sé si están en Gramsci. Yo no soy gramscólogo. Digo apenas que creo que estos temas no están en Gramsci. Mi primer reacción es la que yo le manifesté a Vaca. No forcemos todo para que siempre Gramsci sea nuestro guardapespaldas ideológico, en cualquier coyuntura. Pero yo sigo pensando que Gramsci es la figura más importante del marxismo de este siglo. Más que Lenin. Es un político fracasado, desde luego; pero él es el que readapta el marxismo a las realidades de la modernidad, confrontándolo permanentemente con la cultura de su tiempo. Para mí sigue siendo interesante como estímulo para pensar la relación política-cultura. Esta relación, de alguna manera, es la que me ha constituido intelectualmente. Eso lo sigo manteniendo. Pero no creo que sea necesario hacer gramscismo en estos momentos.

- Sin embargo, en el período alfonsinista aún parece fuerte la presencia de Gramsci en los análisis políticos tuyos, es cierto que

combinados con ciertas teorías contractualistas.

- Digamos: el Gramsci que hay en aquellos trabajos es el Gramsci que podríamos denominar “consustanciado”. El Gramsci que está dentro de mí porque ésa es la manera que tengo yo de acercarme a las cosas. Pero no créni creo que se pueda pensar la transición democrática desde Gramsci. Allí parecen más adecuados los contractualistas, Rawls y compañía. También Bobbio y su reivindicación del liberalismo político, dentro de una tradición democrática. Bobbio no es un gramsciano, pero no podemos pensar bien a Bobbio sin Gramsci. Gramsci vivió en otro momento, un momento en donde efectivamente la democracia es el socialismo. Ahora, lo que se puede pensar es: ojalá que la democracia y el socialismo vayan juntos, pero no hay una razón de naturaleza esencial que así lo indique, sino que son producciones independientes. En Gramsci hay todavía simultaneidad, lo no democrático es lo no socialista. Así se pensaba. Pero hoy no podemos ver las cosas de este modo. Como texto, no creo que Gramsci pueda acompañar este período. De hecho, en Italia es “cane morto”. La cultura de izquierda bajo la cual se forjó el PC italiano - y también nosotros, que lefamos *Rinascita* - da la impresión que no existe más. Acabo de volver de Italia. Eso no es lo que allá la gente está discutiendo y hay un gran vacío de ideología. Que lo llena el amigo Wojtyla. *Centessimus annus* es el *bets-seller* del momento. No existe la contra-argumentación socialista con filón gramsciano. No se la ve. Recorrí librerías y esta vez no ví nada para traerme. No había nuevos textos, nuevas producciones.

- Comenzamos la entrevista suponiendo el fracaso de ese “otro italiano” vinculado a las ciencias sociales argentinas: Gino Germani. Parecería que el recorrido de los grupos intelectuales basado en la relación política-cultura, como dijiste, no pueden superar ni la vivencia ni la tematización de la idea de fracaso, por lo menos en nuestra historia pública. En el artículo que escribiste con de Ipola en “La Ciudad Futura” respecto al vínculo de ustedes con Alfonsín, aparece nuevamente la cuestión del fracaso de un tipo de modernización. Ustedes dicen “lo volveríamos a hacer”, pero de todos modos es el fracaso de un proyecto modernizador (así llamado), pero ya no es el fracaso de Germani al que vos aludías. No obstante, ¿no tienen ambos fracaso el mismo título?

- Cuando uno habla del fracaso de Germani, que parte de la distinción básica entre lo tradicional-moderno, habla del fracaso de los post-populismos de signo desarrollista. El fracaso de ese proyecto de modernización se da en un ciclo temporal, en un período largo, pues no decimos que fracasa cuando cae Frondizi, sino que lo decimos cuando aparecen problemas nuevos que genera esa modernización, junto a sus propios problemas irresueltos. Pero también los problemas de los años 70 emergen no del fracaso sino de los aspectos en que el proyecto modernizador tuvo éxito. Me refiero a que se consumó cierta modernización económico-social. No obstante, hubo una crisis de aquella modernización, crisis propiamente de época. En el caso de Alfonsín, la experiencia modernizadora no pudo ser implementada. Ni siquiera pudo desplegarse. Pero el desafío sigue siendo cómo modernizar - y aquí vuelvo al viejo tema de Agosti - sin producir un retorno al pasado y sin comprar el presente que vende el neo-conservadorismo. Ese para mí sigue siendo el tema básico de cualquier paso adelante en la sociedad. Y esto implica la problemática de la modernización, sin populismos ni neo-conservadorismos. Aquí entonces hay un lugar para la narración de cuáles fueron las limitaciones con las que Alfonsín encaró esto. Y sigo pensando que eso debe ser encarado.

- Pero ¿qué hay en relación a la perplejidad que en ese artículo se esboza, en lo que respecta a las relaciones que entablan los intelectuales con el poder?. Si se postula una teoría del poder “muy

concentrada", los intelectuales tratarían de evitarlo. Y en una teoría muy gasificada o que concibe el poder como "muy repartido", podría tratarse también de no estar, pero se presenta el problema de criticar a los que se acercaron más. Así lo dicen ustedes.

- Eso responde más bien a una discusión que tuvimos en el propio club. Creo que queda claro en el artículo

- Y en relación a tu propia situación, hoy, ¿cómo prevés el curso de las ciencias sociales en relación a la política?

- Reconozcamos una paradoja: por primera vez las ciencias sociales son reconocidas en el sentido de que se emplean en la elaboración de políticas. Esto va de Alfonsín, teniendo en cuenta lo que hablamos, hasta la revista *La Mirada*, un grupo de intelectuales que apoya a Auyero. Hay un estatuto de legitimidad: las ciencias sociales pueden ayudar a construir líneas políticas. Esto es un cambio notable respecto a la situación anterior, en que eran puramente profesionales o críticas. Pero por otro lado, las ciencias sociales tienen cada vez más dificultades para construir su propio discurso. Se juntan las respuestas cada vez más fragmentarias con los enfoques cada vez más dubitativos... "Bueno, hay que ver..., etc". Esa crisis no se las voy a contar a ustedes. Las ciencias sociales recorrieron el camino de la incerteza y forman parte de la misma crisis que quieren explicar. Con lo cual su capacidad explicativa es bastante baja. La paradoja es que es en estas condiciones que aparecen como necesarias para los políticos, y los políticos las utilizan, incluso Menem. En este caso conviven elementos de las ciencias sociales, manejados por algunos speech-writers, junto a colecciones de enunciados rescatados del populismo heredado, y con esa amalgama se intentan "refundaciones doctrinarias". Pero yo no tengo una respuesta respecto a cómo dialogarán o se enlazarán las ciencias sociales y la política.

- Pero en tu caso personal, ya que te definiste como interesado en la creación de instituciones más que en la profesión del sociólogo, ¿cómo ves la Universidad?

- Lo que digo es que se constituyó la profesión. Primero se constituyó la disciplina y después se constituyó la profesión del sociólogo. Esta última está más constituida hoy que hace 20 años, tiene posibilidades capilares de penetrar en otras regiones. Por otra parte, hay una retirada del Estado respecto a sus obligaciones en relación con la Universidad. Y en la medida en que la universidad depende en buena parte del Estado, hay una reducción del peso social de la Universidad, mucho más clara a partir del '89. En términos políticos, hay un repliegue de la Universidad. Pero en términos científicos no es tan así. En el caso de la investigación, no es cierto que los centros privados tomen el lugar de la Universidad. Este es un capitalismo que no invierte un peso en investigación. Ocurre ahora que más del 60% de la investigación básica y aplicada que se hace en el país la hace la Universidad. La Universidad no crece, pero como tampoco crece ningún proyecto privado de investigación, la Universidad sigue pesando mucho. Golpear al sistema universitario no es sólo apuntar contra una fábrica de formación de profesionales, sino al sistema científico-técnico. La Universidad, entonces, no perdió peso. Perdió densidad. No es una instancia de referencia social, como lo fue en otro momento. Ahora es más grande, pero no tiene centralidad en la sociedad. Tampoco lo fue en la época de Alfonsín; por eso pienso que esta tendencia va mucho más allá de la voluntad de los políticos. Es un juego entre instituciones lo que motiva que la universidad no juegue el papel que jugaba antes. Pero tampoco lo juegan las fuerzas armadas...

- Y todo este conjunto de hechos, ¿podría ser estudiado con una sociología institucional, o un saber sobre las instituciones?

¿Podríamos decir que esa sería la parte sobreviviente y más activa de la vieja sociología que no sabe superar la paradoja de su politización por un lado y su debilidad predictiva por otro?

- Me gustaría responder a partir de mi caso personal. Yo no quiero elaborar ningún saber prescriptivo. Quiero ver desde adentro un proceso de creación de instituciones. Y en este sentido estoy participando de un drama. Y por la situación de la Facultad de Ciencias Sociales, este drama es el de la creación de una institución. Aquí conjugo un interés social con un interés profesional. Pero en cualquier momento paso nuevamente a la política, porque es una tensión no resuelta nunca. Siempre estará permanentemente como atracción en mí. Y esa tensión te lleva a hacer las cosas con intensidad, pero también genera el sentimiento que te hace partir de una experiencia hacia otra, cuando algo se agota en las cosas, o algo se agota en vos.

(Entrevista realizada por H. González, E. Vernick, E. Rinesi y L. Kievsky).

ALCIRA ARGUMEDO:

Razón dialéctica y análisis multivariado.

El comienzo de la carrera está ligado a un predominio casi absoluto de las teorías de la modernización, cuyo paradigma era la sociología científica de Germani. Que establecía que sólo una determinada corriente -que era el funcionalismo norteamericano- era la ciencia, y lo otro o era "filosofía social" o eran "ideologías". Es decir que dejaba afuera de la ciencia al marxismo o a corrientes de la sociología francesa, que eran vistas como lo no científico. Entonces, el proyecto era un intento de hegemonizar a las ciencias sociales alrededor de la temática del desarrollo, visto como el pasaje de la sociedad tradicional a la sociedad de masas. En el campo específico de la sociología, por lo menos para la generación nuestra -que entra en el '59, somos los primeros que entramos directamente a la carrera, muchos venían de otras carreras-, la introducción a la sociología era un libro que aún en su momento presentaba cierta endeblez. Era la antología *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, un manual que recopilaba artículos de Leiniz, de Moore, etc, donde se explicaban las normas, los roles, los status, de una endeblez infernal. Y la generación nuestra, que fue bastante rebelde, hizo bastantes crisis, porque sus primeras demandas eran la incorporación a la currícula de otras corrientes, básicamente del marxismo. Puedo decir que hasta el año '61, habiendo cursado la sociología sistemática y las introductorias, nunca había leído un libro entero. La primera vez que toqué un libro -hasta entonces, todas eran fichas- fue en la cátedra de Rodríguez Bustamante, que nos hacía ver Manheim, y que nos llevó a comprar *La ideología alemana*. Produjo un cierto re-descubrimiento del tema de la historia, cuando por supuesto había profesores del nivel de José Luis Romero o Halperín. Surgen, así, los primeros conflictos alrededor de la reivindicación de la enseñanza del marxismo. Que en esos primeros años conocemos gracias a la influencia de compañeros que habían estado ligados al PC -como Marcos Schlaster, Roberto Carri, Heriberto Muraro- y nos incorporaban a esa reivindicación. Yo recuerdo las clases que los sábados a la tarde daba Marcos Schlaster en la facultad como crítica a la enseñanza que recibíamos de Germani. Así llegamos a hacer un huelga en contra de Metodología de Investigación Social, exigiendo que se nos dé una visión mucho más abarcadora y que nos explicaran qué tenía que ver eso con la dialéctica y con otras corrientes que no eran vistas como científicas.

H G: -¿Te acordás algo más de esa huelga del '63 a la materia de Metodología que daba Regina Gibaja? Portantiero al evocar eso recordaba la figura de Daniel Hopen. Pero quien dirigió la huelga fue Marcos Schlaster...

-Marcos Schlaster, Daniel Hopen y Roberto Carri...Eran un grupo de compañeros que además de estar ligados al PC, eran especialmente inteligentes y cultos para las edades que tenían -22, 23-, y para lo que era la época en la que se leían a esos autores funcionalistas como Merton y las teorías del alcance medio que no daban para entender nada. Creo que cumplieron una función de politización, pero no sólo eso, sino también de formación teórica. Hasta donde yo recuerdo, la crítica a Metodología de la Investigación era que se nos presentaba que esa visión hiper empirista y parcializada de la realidad era la de la ciencia. Ahí también juega un papel en términos de influencia el trabajo de Wright Mills, con su crítica irónica a Parsons, recuperando de alguna manera el ensayo. Ahí se cruzan una serie de hitos. En los que también tiene que ver la creciente presencia del Partido Socialista en el campo de la facultad -eran socialistas Torcuato Di Tella,

Graciarena ... Recuerdo -y esto seguramente lo desmentirá, pero lo cuento- la famosa "Teoría de la Cebolla" de Torcuato Di Tella, por la cual la Argentina podía ser comparada con una cebolla: cada una de las capas de la cebolla era una clase social; estaban las clases oligárquicas, las clases medias, el proletariado, y en el centro de la cebolla, en el corazón que le daba sentido a todo, estaba ... ¡el Instituto de Sociología! Esto es parte del anecdotario, de la importancia decisiva con que se concebía el proceso de la ciencia social. Frente a esto, muchas veces recurriamos a profesores de otras carreras, como en historia: yo cursé tres materias con Romero y dos con Halperín; o en lógica, por el lado de Klimovsky. También recupero de esos años '63 y '64 (y lo recupero no tanto por lo que fue sino tal vez por los apuntes que doce años más tarde encontré) las clases que daba Lito Marín en un seminario especial que se llamaba "Élite y masas", donde por primera vez nos hizo leer Gramsci. Era un marxismo que se metía en el pasaje de lo abstracto a lo concreto, cosas que después de muchos años encuentro entre apuntes viejos y me doy cuenta que era de un excelente nivel, por eso lo recupero, más allá de la historia conflictiva que uno haya tenido con Lito Marín, porque creo que esa etapa de la facultad estaba muy cruzada por lo que sucedía en la política externa y sobre todo las distintas combinatorias que influían en la facultad de los partidos de izquierda.

Esto tiene en el '64 dos puntos muy críticos. Uno fue la guerrilla de Salta, dentro de la presencia global que tenía para todos nosotros la Revolución Cubana, la presencia del Ché, el hombre nuevo, toda una temática de una transformación revolucionaria que contrastaba muchísimo con una sociología científica de las funciones, las disfunciones, las conductas desviadas, etc. Creo que para muchos de nosotros fue un shock el hecho de la guerrilla en Salta, y contemporáneamente el plan de lucha de la CGT, que nos hacía no solamente cuestionar el funcionalismo, sino también ese marxismo que empezábamos a manejar que calificaba a la clase obrera de poseer una conciencia enajenada por el hecho de ser peronista. Y esto empezamos a sospechar que no era tan así porque había obreros tomando fábricas, tenían rehenes, había niveles de organización popular impresionantes, por lo que no era fácil hablar de conciencia enajenada o de cualquiera de las interpretaciones que se daba. Creo que el '64 fue, para muchos de nosotros, un punto de inflexión en torno al peronismo. Que hasta entonces, en mi caso por lo menos, estaba muy cuestionado ya sea por el origen del cual yo venía que era una familia de clase media antiperonista, o por un marxismo que finalmente era bastante elitista.

Creo que en el '65, '66 todas estas combinatorias producirán un nuevo paso en el estrellato de Murmis y Verón. Que eran los primeros de los alumnos privilegiados de Germani, de esa primera camada que había entrado antes que nosotros, que venían de haber estudiado en Francia y EE.UU. Verón volvió con una influencia de Lévi-Strauss que después va a volcar hacia el campo de la comunicación. En tanto que Murmis, en su combinación con el marxismo de Lito Marín, intentó desarrollar uno de los ejes más desopilantes de ese final de la carrera que era lo que nosotros llamábamos marxons: extraña mezcla de Marx con Parsons, cuya tesis era que se podía intentar una síntesis del marxismo con el funcionalismo. Esto llevó a afirmaciones que en su momento parecían delirantes, como decir que "la dialéctica no es otra cosa que el análisis multivariado". O se comparaba el concepto de "acción social" con el "fetichismo de la mercancía". Esto fue desopilante

porque en Sociología Sistemática se suponía que había un grupo VIP de auxiliares (estaban el Negro Porta, Silvia Sigal, Liliana de Riz, etc.; yo también estaba). Entonces, un segundo problema que se gesta es el de la articulación dificultosa de conceptos aislados de cada uno de los marcos teóricos, unido a la existencia de un cuerpo de auxiliares VIP de la carrera que dio una cierta vocación elitista que empezó a penetrar en un sector de alumnos que se referenciaban en la Sociología Sistemática de Murmis y Verón. Como consecuencia de ello, en el año 65 se decide hacer un seminario de formación que sólo podían hacer quienes habían cursado con Murmis y Verón, y el resto quedaba fuera de la historia. Antes del final de este ciclo de la carrera, yo renuncié como ayudante de Murmis y Verón porque me encontraba con todo un sector más crítico que eran, a su vez, los socialistas utópicos, Carri, Daniel Hopen... Surgían algunos críticos como Grabois, y dentro de los estudiantes estaban Bastianes, Leopoldo Halperín, Calello, Celia Baldati, Susana Checa... Diría que, para esta época, se produce un cierto desplazamiento del funcionalismo, y crecen bastante las corrientes marxistas. Creo hoy que en cualquiera de sus niveles, la calidad media de estudios era relativamente buena. No eran sólo los docentes de sociología, sino que con las especiales que uno podía optar encontraba profesores de lujo, como eran José L. Romero o Halperín, o como Klimovsky. Así, con la intervención, vuelve a meterse de lleno la política en la vida universitaria. Y con el pasaje de algunos de nosotros al peronismo. Se cerraba la etapa de la universidad científica con el golpe.

“Ellos eran más gramscianos, más leninistas, digamos así; nosotros éramos más maoistas.”

HG: -En relación con ese proyecto de Murmis y Verón de elevar el nivel de la carrera, yo también me sentí excluido. Pero me pregunto si acaso la opción que hicimos algunos en torno al peronismo y a las cátedras nacionales no tiene también que ver con el hecho de que éramos de algún modo un sector subalterno de la carrera.

-No, porque yo también estaba entre los VIP, por lo que tenía la autoridad moral para criticar ese proyecto. Ya tenía la influencia de Gunnar Olsson, que venía de la filosofía; era un lector de Sartre, que hace que yo empiece a leer *El Capital* y me cuestione lo que hacía. Y como yo tenía -y las sigo teniendo- las clases grabadas, me daba cuenta que era ininteligible lo que se quería hacer. Era de por sí aberrante - a mi modo de ver - comparar la dialéctica con el análisis multivariado si vos sacás a esos conceptos de los marcos teóricos que les dan sentido. Esa búsqueda de Marxons era un sinsentido delirante. En todo caso frente a la crítica que se le hace a las cátedras nacionales, presento como prueba la desgrabación de las clases de sociología sistemática de las cátedras nacionales y las de Verón y Murmis; están ahí como documentos históricos a la vista de quien lo quiera ver.

Con el golpe del '66, se pretendió reemplazar a los profesores que

echaron o renunciaron, con quienes aseguraran cierta coherencia con el proceso militar. Y básicamente provenían de la Universidad Católica. No eran todos fachos, sino que también los había ininteligibles como era Justino Farrel, y otros que venían del llamado nacionalismo popular como era el caso de Gonzalo Cárdenas.

Para el '68, las dos corrientes que predominan eran las corrientes más marxistas ortodoxas (con sus versiones leninista, gramsciana, etc.), que tenían sus cabezas en Portantiero, Landi, Villarrreal, y la nuestra, que tenía la idea de que el peronismo tenía algo que ver con las ciencias sociales. De ahí, de las nacionales, reivindicó varias cosas. Primero, que por un elemento bastante azaroso, se conformó la posibilidad de recuperar influencias de distintos lados, gente de la filosofía - como Wilner o Gunnar - que conocían Hegel, Kant, Marx; gente como Gonzalo Cárdenas que venía del revisionismo histórico; y muchos de nosotros que teníamos una formación del funcionalismo pero que ya habíamos leído bien al marxismo, y gente con una visión política bastante importante. Esto nos llevó al desarrollo de tres o cuatro líneas. Que desde la visión marxista (que era la formación general de casi todos nosotros) se llegaba a que el peronismo, por su lógica interna de explicitación teórica, era un fenómeno burgués; o en el mejor de los casos a que era un populismo; en todo caso, a que se tenía la conciencia enajenada y a que los peronistas tenían que ser marxistas. Esto unido a cierta politización, al deslumbramiento del trabajo que hacíamos con las bases populares, nos llevó a ciertos replantamientos teóricos. Había que fundamentar nuestra posición, y no creo que hayamos sido tan salvajes, sino que se empezaron a buscar ciertas claves que yo aún hoy creo válidas. Como la pregunta que nos hacíamos acerca de si la historia era lucha de clases o la lucha de los pueblos contra los proyectos imperiales de dominio. Esto nos llevó a plantearnos el tema de la relación de las clases sociales y la Nación. Y ahí el esquema de la contradicción principal de Mao nos ayudaba, como también la línea de Fanon, N'Kruma, Sacarno y Nasser. Y una de las claves en una revisión crítica es que las grandes corrientes de pensamiento se articulan alrededor del concepto de sociedad y de naturaleza humana. Y estas claves que yo retomo ahora están ya en el *Cuaderno de Antropología* número 5 de 1970. El tema de que las sociedades no son inteligibles por sí mismas, sino en el marco de su relación con otras sociedades, eso también estaba ahí. Como el tema del predominio de la política y de que la economía no tenía en sí un desarrollo natural de las fuerzas productivas: también estaban ahí. Otro tema era el de aceptar que el hombre es un ser social, pero un ser social identificado; eran las claves de nuestra búsqueda de un pensamiento autónomo latinoamericano. Esto estaba centrado en el peronismo, pero también pensábamos en Artigas. Nos planteábamos por qué Marx, que murió en 1883, no vio el imperialismo, y Artigas, con muchos menos recursos teóricos, lo planteó en 1810. Todos estos temas los planteábamos en el medio de la vorágine de la historia, de la vorágine militante, cuando surgían problemáticas nuevas como la lucha armada, el crecimiento de los pueblos del Tercer Mundo, las contradicciones entre China y la Unión Soviética, y el otro elemento entonces era la relación entre las grandes corrientes teóricas y la política.

EV: -¿Cuáles eran las discusiones que tenían el grupo de “Cuadernos Antropológicos del Tercer Mundo” con otros grupos teóricos como el de la revista “Pasado y Presente”?

-No, la verdad es que no discutíamos. Yo no sé si ellos leían nuestras cosas; nosotros leíamos las cosas de ellos y los criticábamos en función de esas cosas. Algunas veces nos encontrábamos en asambleas. Me acuerdo, por ejemplo, una asamblea en la época del boom Althusser, debía ser en el '69, y nuestro argumento era que nos interesaba el marxismo de Lenin o de Mao Tsé Tung procesado al calor de la necesidad de dar respuestas a la construcción de la revolución rusa o china, pero no nos interesaba la recuperación de la

práctica teórica realizada a un lado de las aguas del Senna por Althusser. No teníamos una discusión directa, creo que ellos nos hacían ciertas críticas, básicamente en la revista *Los Libros*. De todos modos teníamos muy buena relación: con el Negro Portantiero nos íbamos a cenar, no eran relaciones tensas; pero nunca nos pudimos sentar a discutir en términos muy contundentes, sobre todo porque

“El eje del debate ya no pasa por la crítica de las corrientes nacional-populares hacia el marxismo, sino hacia el liberalismo.”

muerte del Ché tan heroicamente, y a un paso de Taco Ralo y los primeros enfrentamientos guerrilleros en el país.

HG: -Yo me acuerdo que una de las asambleas en las que se discutió esto del Plan Camelot fue en la Iglesia Bautista Evangélica en Flores, en la calle Camacué, y lo que recuerdo es que efectivamente alguien había dicho que los datos eran de una utilización variada y podían servir a una causa revolucionaria, y yo en ese momento estaba en el estrado y le contesté: "sería una suerte de viveza criolla", e inmediatamente me respondió Murmis diciendo: "no puedo comprender cómo todavía hay gente que no comprende la viveza criolla". (Risas)

-Bueno: te hablaba de la influencia de estos procesos externos porque en poco tiempo ésta se haría ya sentir incluso en las discusiones llamémoslas así más "facciosas" en el interior del peronismo combativo, influyendo en la división de las cátedras nacionales. Que tenía dos o tres ejes bastantes coherentes entre sí: El primero fue el tema de la división entre los "movimientistas" y la "alternativa independiente de la clase obrera". O sea que esto ya te ponía el contexto de la relación de estos sectores populares con el peronismo. Y que a su vez estaba íntimamente ligada, de nuevo, al tema de si el peronismo tenía una potencialidad teórica autónoma o requería del marxismo para su explicitación. Este debate alrededor de la relación entre peronismo y marxismo ya venía desde la época de Cooke: yo creo que Cooke en el 60, 61 ya impone el tema éste, había ciertas influencias en Hernández Arregui y el mismo Puiggrós. A diferencia de un Jauretche, un Scalabrini Ortiz que buscaban más la autonomía de los pensamientos nacionales no necesariamente alrededor del marxismo. Pero esto estaba incluido en el peronismo. Las cátedras nacionales que habían surgido siendo, digamos, más "jauretcheanas" se dividieron entre Jauretcheanos y Cookistas. No se llamaban así, pero en fin. Es decir: entre aquéllos que seguían pensando que había una capacidad autónoma del pensamiento popular de dar líneas teóricas de interpretación de los procesos sociales y aquéllos que pensaban que para que esto fuera realmente viable requería del instrumental teórico-metodológico del marxismo. Eso volvió a partir. Salió incluso en la famosa autocrítica que hace un sector de las cátedras nacionales -creo que es en el 71 o 72- y que gira alrededor de este tema. Que a su vez había partido también a muchos de estos grupos, juventud o grupos armados etc., entre los llamados oscuros, que eran los movimientistas y los iluminados que eran los marxistas. Otro eje que no estaba tan presente en el campo teórico era toda la problemática del foco o la organización política de las masas que era finalmente el tema de la construcción como vanguardia o la construcción como intérprete de un determinado proceso, nivel o aspiración de las masas. Y bueno: eso nos hace llegar hasta el año '72 donde ya el vértigo se hace inmanejable para todos y que es la vuelta de Perón, la división de muchos de nosotros entre la alternativa más JP simpatizante de Montoneros y la alternativa más Peronismo de Bases simpatizante de la FAP -diría, como las dos grandes opciones que se plantean-, y entrás en este vértigo del '72, '73 y '74 donde en mi caso termino echada de la Facultad de Filosofía y Letras por contrarrevolucionaria a fines del '73 porque somos la primera gran escisión que se va de Montoneros.

hay un elemento que creo que es bastante importante alrededor de la relación entre ciencias sociales y política que fue el gran debate que se armó en torno al Plan Camelot. Que era un plan de investigación en ciencias sociales a través de encuestas, pero que en realidad era un plan de espionaje de la CIA. Eso se había denunciado por Gregorio Selser básicamente y se desarrollaba en ese clima del 67-68 -al Ché lo matan en octubre del 67. Para ese momento viene un equipo cuyas cabezas más visibles eran Pepe Nun, Lito Marín y Murmis, que iban a hacer una investigación sobre el tema de la marginación financiada por la Fundación Ford, cuya tesis básica era que estos sectores marginados de América Latina aparecían con un potencial revolucionario de transformación muy alto. Esto llevó adelante una muy fuerte denuncia de que esto en realidad era una versión argentina del Pan Camelot. Y los que defendían la investigación -no quisiera distorsionarlos, sería bueno que hablen con quienes la defendían- planteaban que iban a hacer una investigación cuyos resultados podían servirles a Mao Tsé Tung o a la CIA porque la ciencia era neutra; la tesis nuestra era que la CIA no tenía ninguna posibilidad de saber cuál era el desarrollo de la conciencia popular si no tenía militantes de base, por lo tanto no era lo mismo darle a la CIA información sobre los sectores populares que a Mao Tsé Tung. Yo recuerdo que se le preguntaba a la gente por su actitud hacia la militancia, y se hacía a sólo meses de la matanza del Ché en Bolivia, aquí nomás. Esto llevó a una serie de impresionantes asambleas en que el eje de discusión era la cuestión de la financiación de las investigaciones. Lo gracioso fue que todo terminó con una carta que trae el sector Nun de Perón en Madrid -esto después lo supe por Carlitos Mazares que vivía en Madrid-, en la que Perón les decía que qué bien que estudien los marginales, los hippies, etcétera; y parecía que este era el K.O., pero hete aquí que la contraofensiva fue decisiva porque alguien -que nunca pude saber quién fue- llegó a La Habana, y entonces salió en primera plana del *Gramma*: **ESPIONAJE SOCIOLOGICO EN LA ARGENTINA**, y ése fue el K.O. final. Esto determinó que se crearan relaciones ríspidas con algunos sectores de las ciencias sociales, pero hay que ver ese nivel de contradicciones en el contexto de ese 1968, en que se crea la C.G.T. de los argentinos,

EV: -Alcira: hoy algunos de los que participaban de aquellas cátedras marxistas hablan de sus "años montoneros" con bastante comodidad. Este tema, curiosamente, parece discutirse menos, ser mucho más conflictivo, entre quienes, proveniente del campo, digamos, "nacional-popular", fueron protagonistas más cercanos de aquella experiencia. Parecería que quienes en algún momento se acercaron -pienso en aquel famoso número de "Pasado y Presente", por ejemplo- se atribuyen hoy una pertenencia más fácil.

HG: -Un comentario sobre esto, antes de que repondas: Cuando le hicimos la entrevista a Portantiero, me llamó la atención que dijera que él tenía "problemas" porque le decían montonero, etc., o por la relación del grupo "Pasado y Presente" con Montoneros, y que como la demostración de que eso no era así estaba el hecho de que tenía problemas en la Universidad con las cátedras nacionales, que serían las cátedras vinculadas a la Organización Montoneros. Esto era relativamente así por lo que vos decís. Ahora, yo en esa época tenía la idea de que al contrario nuestra evolución dentro de las cátedras nacionales nos llevaba a quedar más bien con una crítica a la evolución que simultáneamente hacían los montoneros en dirección a un marxismo de tipo althusseriano, por lo tanto yo me acuerdo que veía la paradoja de que era más bien el grupo que no era peronista en la Universidad, el grupo de las cátedras donde estaba Portantiero, que finalmente se encontraban con Montoneros, y nosotros, que en los años anteriores habíamos hecho el "campo intelectual" de los Montoneros, de algún modo éramos más periféricos. Esa era la sensación que tenía entonces. Otra cosa que quiero agregar es que al mismo tiempo discutíamos; la pelea era muy intensa entre las dos capillas. Recuerdo incluso hasta casi una escena de pugilato con Landi, una noche, cuando la cátedra de Sociología Sistemática se había dividido en dos y había que disputar, por votos de alumnos, quién se quedaba con la materia. Ese es uno de los episodios más agradables que recuerdo. La cuestión era que la discusión tenía el nombre de "historicismo" por un lado y de "estructuralismo" por el otro, pero el tema de la política como dueña y señora de la historia estaba en los dos grupos, y en nuestro caso, aunque no aceptada, había también cierta influencia del althusserianismo, vía Mao. Y en el caso de ellos también el Maoísmo, menos aceptado -o más, según los casos-, aparecía a través de una aceptación más explícita de Althusser. Así que el tema de contradicción principal, primacía de la política, más o menos althusserianizado, estaba en los dos sectores...

-Bueno, lo que pasa es que hay dos momentos. Nosotros éramos -te diría- como un punto de contacto entre el Gramsci de lo nacional-popular del cual nos apropiamos (hay un trabajo que me acaba de devolver Pancho Aricó que se llama "Para nosotros, Antonio Gramsci")...

HG: -¡Te voy a matar! ¡Justo a Aricó se lo fuiste a dar! ¡Lo que se debe haber reído! ¡Te voy a matar! Uno puede hablar del pasado, pero dar impunemente una cosa escrita con el sello de los años 70...

-Lo que pasa es que yo siempre he dicho que es uno de los mejores trabajos que se han escrito sobre Gramsci. Empieza: "Preso, Gramsci piensa en el poder..." Así empezaba. Y era, bueno, lo que era para nosotros Gramsci, con el tema de lo nacional-popular. Mao era mucho más nuestro que de ellos. Ellos eran más gramscianos, más leninistas, digamos así; nosotros éramos más maoístas. Además venía todo el gran momento de la relación de Perón con Mao. El Mao tercermundista, el Perón de "La Hora de los Pueblos", la famosa anécdota de que cuando Mao empieza a hablar de social-imperialismo y de la defensa de la nación frente a las propuestas imperiales, era cuando se hablaba de Perón leyendo a Mao y comentando: "Este chinito pícaro que me roba las ideas". El tema es que yo creo que hacia marzo del 73, muy concretamente hacia marzo del 73, se arma una conjunción por la cual la unificación entre montoneros y la FAR hace que la FAR empiece a tener un predominio ideológico de orientación marxista sobre el conjunto de Montoneros. Y a lo largo del 73, muy claramente en julio del 73, pensó que en el medio está Ezeiza, la caída de Cámpora, etc., sale el famoso documento verde de los Montoneros que es su autodefinición como marxistas-leninistas.

HG: -Bueno..., en el método.

-En el método, sí, pero bueno, era un documento que tenía una fuerte definición marxista-leninista en las influencias. El tema es que esta misma definición ideológica va a hacer que aquellos que veníamos de una tradición peronista que hacía 7, 8 años que estábamos militando en el peronismo empezáramos a romper con Montoneros, junto en el mismo momento en que cierta gente, que venía del marxismo, entra a entender los Montoneros que se han definido como marxistas. O sea, de alguna manera yo creo que ese lapso de meses, pero de meses de una intensidad que parecen décadas, es el momento del rompimiento nuestro con los Montos y de entrada de mucha de esa gente donde la diferencia es que nosotros llegábamos a relacionarnos con los montoneros porque éramos peronistas, es decir los montoneros eran una anécdota en la historia del peronismo, en nuestra historia peronista, mientras que para ellos el contacto o la entrada al peronismo fueron los montoneros. Esta es un poco la diferencia...

HG:...-Cuando se hacían marxistas.

-Cuando se hacían marxistas y cuando rompían con Perón. Este es el tema. Ahora, lo que sucede es que eso debe haber sido un proceso que va desde marzo del 73, cuando se produce la unificación, hasta mayo del 74 que es cuando Perón echa a los Montoneros de la Plaza. En el medio nosotros nos vamos. Es decir que son diez meses en los cuales se produce: la vuelta de Perón, Cámpora, Ezeiza, Rucci, la caída de Allende, los grandes despedotes con las provincias (yo estaba por ejemplo como Secretaria de Cultura de la provincia de Buenos Aires) y el rompimiento de los montos en diciembre del 73 que es cuando sale la columna Artigas, la agrupación Lealtad, etc., y que hace que en marzo del 74 (yo estaba en el Instituto del Tercer Mundo de la Universidad) Ernesto Villanueva me eche del Instituto. Y, en Filosofía y Letras... Ojo, en contradicciones con alguna gente: por ejemplo Justino estaba con ellos, Roberto, Ana María Carri, etc. estaban con ellos, pero los que habían llegado, digamos, estaban Adriana Puiggrós como decana, Margulis como director del Instituto (que había caído con un paracaídas no sabés cómo...) y Sidicaro, ¡Fuera por contrarrevolucionaria! O sea; éste es el nivel de vorágine que hay en ese período; lo que pasa es que ellos salen muy claramente a defender a los Montos, firman con nombre y apellido, etc., y nosotros más bien habíamos apoyado esas formaciones especiales porque éramos peronistas, porque aparecían como una manifestación más en una historia de resistencia de 18 años. Digamos: nuestra identificación más clara era como peronistas, no como montoneros, por más simpatías que tuvieras al proceso; entonces, el tema es que creo que de alguna manera esto llevó a una ruptura dolorosa y drástica en el interior de las cátedras porque bueno, amigos que hacía 5 ó 6 años que veníamos trabajando juntos... pensó que todo esto de desarrollo teórico se daba en el medio de que tomaban la Universidad, de que se daba ese anecdotario de Horacio que se encontraba con su antiguo...

HG: -No, pero te voy a interrumpir, porque me parece que eso no lo recordás bien. Yo lo recuerdo mejor. Cuando termina Livingston viene Lanusse. Y ahí está la cosa: Cuando viene Lanusse...

-En el 71

HG: -Sí, y cuando viene Lanusse cambian todos los interventores en la Universidad. Y ahí es donde entra Castelán. Y por eso nosotros que éramos todos profesores conchabados, este Castelán propone hacer concursos. Que era la vía -que nosotros llamábamos la "vía liberal"- para que con concursos, hechos con jurados, etc. etc., todo perfecto, nos sacaran a todos de ahí que nos oponíamos,

y encima nos oponíamos a los concursos. Sin embargo, un concurso aceptamos, que fue el de titular de Sociología Sistemática, que era el núcleo de las cátedras nacionales. Ahí estábamos todos y el que daba la materia era Justino Farrell. Y entonces alrededor de ese concurso se desarrolló toda la polémica entre los programas confrontados y las dos perspectivas del mundo, de la historia y de la política argentina. Y en el jurado, a ver si te acordás quién estaba en el jurado...

-Quién fue el jurado?

HG: -No me acuerdo. Un tal Suárez. Pancho Suárez... No sé si Floria. En fin, el jurado era aparentemente neutral. Y salió, obviamente (bueno, yo digo obviamente; me parecía obvio que sí hacían un jurado no iba a salir Justino Farrell; de cualquier forma fueron exposiciones públicas, etcétera), y salió...

...desierto.

HG: -No; salió Portantiero.

-No, no, te confundís. El de titulares, de Justino, sale desierto. Y en el de adjunto, del negro Porta y Carri, sale el negro Porta.

HG: -Ah, ah, ah. Bueno, bueno, entonces: lo que pasó fue que se decidió, el movimiento estudiantil, que era un movimiento estudiantil peronista, digamos así, de izquierda, peronista, lo que decidió es que los dos cuerpos docentes se hicieran cargo de la materia, y que en votaciones que se iban a suceder progresivamente a lo largo del dictado de la materia quedaría un docente. Entonces, Justino daba un teórico, Portantiero daba el otro; un adjunto daba un teórico, el otro adjunto daba el otro, y en las veinte o treinta comisiones que había (porque había como dos mil, tres mil alumnos) había dos profesores: uno de un sector y uno del otro. Yo tenía una comisión con no me acuerdo quién y duré dos clases. A las dos clases ya me echaron, y a todos nos fueron echando muy rápidamente, porque hay que tener en cuenta un cosa: Oficialmente la materia era de Portantiero. La inscripción se había hecho con la materia oficializada por la Facultad. O sea nosotros éramos raramente verdaderos intrusos y no había ninguna razón para los alumnos para cursar una materia con profesores reconocidos únicamente por el movimiento estudiantil. Por eso tarde o temprano nos tenían que echar los alumnos que iban a optar. Porque si ganábamos, ¿qué situación se iba a producir? ¿Una materia reconocida por los estudiantes y no por la Facultad, cuyo concurso habían ganado ellos? Totalmente absurdo. O sea, que estaba escrito; que la cuestión era que te echaran bien, putéandolos bien, etcétera, ¿no?. Me acuerdo que en la comisión de Portantiero pusimos una chica que recién... que no sabía nada. Y duró más; fue la que tardaron más en echar; una chica de no sé, ...de 17 años, que había entrado ayer a la Universidad, disputándole a Portantiero la comisión...Y otra cosa que me acuerdo bien es que con Landi disputó ¿quién? Guillermo Gutiérrez. Y ahí Guillermo Gutiérrez, que era del peronismo de base... La mayoría pro-Perón, era, digamos, nosotros, ¿no?, y el sector del peronismo de base no era mayoría. Y Guillermo Gutiérrez fue de nuestro grupo el que hizo el acuerdo con Landi, para dar los dos, sin votación, porque había un acuerdo político entre el peronismo de base y el PCR. Y la noche de pugilato que me acuerdo es cuando fuimos, justo fuimos a comer a la misma cantina donde estaban ellos, y a la salida empezaron los cantitos y todo, y me acuerdo de una escena de pugilato con Landi.

-Con Landi pero el negro Porta, también.

HG: -También el negro Porta; éramos como quince y quince a las 6 de la madrugada, caminando por la calle Independencia...

-Por las dos veredas de Independencia. Del lado de la Facultad iban ellos, y de éste vos que cantabas "La gallina Portantiero ha puesto un huevo ha puesto dos ha puesto tres" y otra también tomada de Gaby, Fofó y Miliki (a los que en esa época vos conocías porque los escuchaba tu hija): "Hola, Portantiero, hola Don José...", y al negro lo tenían que agarrar para que no cruzara a fajarte. (Risas)

HG: -Bueno, pero la cuestión era la que yo te decía antes: Como había cambiado la cosa, como venía Lanusse, y por lo tanto venían a la Facultad estos tipos, venía todo otro tejido institucional, y se cerraba de algún modo -de otro modo- el paréntesis que se había abierto en el 66. Y ya en el 71 empezó a haber concursos nuevamente. Esa es la cuestión.

-Claro, pero nosotros no nos presentamos. Se decidió no presentarse.

HG: -Excepto ahí, que perdió Justino.

-Claro, pero después de que pierde Justino y que Carri es cuestionado por el negro; bah, sale el negro...

HG: -Perdoná: otro episodio que me acuerdo es que Chereski estaba hablando de no sé qué, y yo le desconecté el micrófono... Maniobra muy sucia... (Risas)

-Bueno, pero todo esto venía porque cuando llega Lanusse lanza las elecciones, Perón con las elecciones, entonces ésto va a introducir todo un nuevo eje de debate. Yo subsistí en sociología...

HG: -Ah, vos subsististe. No me acordaba.

-Y, porque tuve un acuerdo...

HG: -¡Ah! ¡Vos también!

-Es que a mí me tocó con Rosalía. Con Rosalía Cortés, que era íntima amiga. Era como si me hubiera tocado con vos. Entonces, dijimos: no nos vamos a pelear...

HG: -Yo no sé si con María Brown, me tocó. No me acuerdo.

-Pero a mí me echaron, de todas maneras. En el 71 me echaron: no me quisieron hacer contrato, y entonces fue ahí que empecé a dar "Estado y Nación" ¿Te acordás que nos fuimos todos y nos metimos en "Estado y Nación"? O sea, de haber tenido 15 ó 16 materias nos quedábamos con una sola, que era un seminario. En general, los seminarios eran 25 ó 30 tipos. Pero nosotros lo que hicimos fue poner todas las fuerzas en ese seminario, que se transformó en grandes asambleas masivas. Eran como 500 tipos. Llenábamos el aula magna, porque cada una de las clases..., me acuerdo: la primera la dio Darcy Ribeiro, que había venido, era nuestro aliado; después vino uno de los curas del Tercer Mundo, después vino Licastro, después... Entonces eran unas clases impresionantes, grandes asambleas...

HG: -Sí, y después entró Justino en andas de los estudiantes, que gritaban Borombombón es el decano de Perón, en el 73.

-Sí, pero ¿qué pasó entre "Estado y Nación" y el 73?

HG: -Y, nos fuimos todos. Ese año no estuvimos. Y después volvió Justino como el decano montonero.

Entrevistas

-Ah, sí, no me acordaba de eso...

EV: -Cómo fue la carta esa que sale en el libro de Hernández Arregui?

-No, ésa fue en el 68, creo. 68, principios del 69.

HG: -Sí, y te voy a decir quién escribió esa carta: El amigo Galimberti.

-Eh?

HG: -Esa carta la hizo Galimberti.

-No.

HG: - En casa de Carri, sí. Escuchame... Yo estaba ahí...

-Pero yo estaba... Sabés dónde se hizo esa carta?

HG: -Galimberti en la casa de Carri, la hizo.

-No, querido. Esa carta se hizo en la terraza de la casa de Susy.

HG: -Bueno, más o menos en la misma zona... Pero la hizo Galimberti.

-Estaba Eduardo Jorge, Gunnar, yo, Roberto, Susana Checa, Jorge Carpio... ahí se hizo.

HG: -Pero Galimberti era el que la gestionaba, digamos...

-No; era el que la promovía.

HG: -Bueno: el que la promovía.

-Porque era uno de los de las agrupaciones estudiantiles, asesorados por Carlos Grosso, que era su asesor principal. ¿Te acordás?

HG: -No, de eso no me acordaba.

-Claro, el JAEL. El cerebro gris de Galimberti en JAEL, de cuya agrupación participaba Carri, era Carlitos Grosso. Bueno, pero digamos: Más allá del anecdótico, yo diría que de alguna manera hasta el 73 con estas vicisitudes van a estar presentes las tres grandes vertientes del pensamiento social a mi modo de ver. Las dos oficiales, o sea, el funcionalismo y el marxismo, cada uno con sus distintas vertientes, y este especie de presencia un poco bárbara, un poco crítica, que va a ser la presencia del llamado pensamiento nacional o nacional-popular en América Latina. De alguna manera creo que lo que se critica pero al mismo tiempo se hace presente es el hecho de que con las formas o con las modalidades del caso hubo un mérito en la posibilidad de hacer ingresar al campo del debate de las ciencias sociales cierto pensamiento nacional y latinoamericano que en general estaba puesto fuera de esas esferas. Creo que éste es un tema que ahora se podría volver a discutir. El problema es que cuando volvemos en el 84 a reencontrarnos muchos de los actores se ha producido un elemento básico. Esto ya se venía viendo porque esto es lo que nos encontramos nosotros en México, cuando llegamos en el 78-79 a México nos encontramos con que nuestros grandes adversarios (por ejemplo, el negro Porta vivía en el departamento de enfrente nuestro, etc., y nos seguíamos llevando bien) estaban todos en la crisis del marxismo. Digamos, como consecuencia de lo que estaba pasando en Europa. Seguían siendo muy críticos del peronismo, porque habían renegado de ese, digamos, ni siquiera era un pasado, más bien: un mal paso, su acercamiento hacia esas

vertientes montoneras del peronismo. Y entonces viene todo el debate acerca de qué sucede con el peronismo y qué sucede con el marxismo que fue la revista *Controversia* en México, que de alguna manera puso sobre la mesa en sus últimos estertores este esquema, porque en realidad cuando volvemos en el 84 ya a mi modo de ver hay un pasaje muy importante de un sector de ellos. Digamos, las cátedras nacionales prácticamente han sido desquiciadas, porque se han muerto varios, porque otros han seguido otros rumbos, etcétera. Landi y el negro Villarreal, que eran, digamos, las bases del negro Portantiero, se han hecho peronistas; y el negro Portantiero se ha hecho, bueno..., ciudadano virtuoso... Entonces nos encontramos con que volvemos a estar en distintos lugares, pero donde el eje del debate -te digo por lo que siento ahora- ya no pasa por la crítica de las corrientes nacional-populares hacia el marxismo, sino hacia el liberalismo. En ese sentido, yo -no sé si por desgracia- sigo siendo muy cabezadura. Yo, si descarto las formas, muchos de los balbuceos, las malas maneras y demás, yo sigo reivindicando -y ahora te diría, quince años después, creo que con un poco más de solvencia- los puntos de partida que se establecieron ahí alrededor de la temática y la potencialidad de desarrollo de un pensamiento autónomo de América Latina, alrededor de esta necesidad de dar cuenta de la doble conflictualidad de lo nacional y lo social, para lo cual nos viene de perilla la caída del Muro de Berlín, la emergencia de las grandes nacionalidades, etc., que casi vendría a confirmar este tema del peso de las identidades sociales en el desarrollo de la historia, y que parecería ser que el desarrollo lo social solamente no resuelve, (entendiendo resolver como dar respuesta de "cierre" a los grandes momentos de la historia) no resuelve si no tiene en cuenta el problema de las identidades sociales. Por lo cual esto de empezar a pensar la historia y el proceso de las sociedades desde el hombre como un ser social identificado manteniendo la crítica a estos individuos pre-sociales que el liberalismo en ninguna de sus dos vertientes puede explicar, yo creo que sigue siendo un punto de partida válido. Esta sería un poco la idea. Que a diferencia de las autocríticas de hecho que puedan darse en muchos de los integrantes de las cátedras nacionales o de los integrantes de las adversarias de las cátedras nacionales (insisto: algunos se autocritican por volverse peronistas, otros se autocritican por dejar de ser marxistas y ser más bien liberales, llamémoslo así) yo sigo manteniendo esa corriente. Creo que es un pensamiento válido. Y creo que es un desafío para las ciencias sociales latinoamericanas volver a pensar desde estos procesos políticos que se dieron desde la continuidad de cierta identidades, tradiciones, experiencias, valores, etc., que en un momento de crisis civilizatoria como el que se está produciendo, fijan un punto de partida, me parece, más rico que el del marxismo, centrado en un concepto de "la sociedad", pero de una sociedad no identificada, digamos así, y que las actualizaciones neoweberianas que para mí se expresan de las realidades en las teorías de la modernización y en el llamado postmarxismo. Y sigo pensando que no se pueden estudiar las teorías sociales al margen de los procesos históricos en los cuales surgen, se reactualizan, etc., y sigo pensando que de la misma manera que detrás de estas corrientes teóricas de las ciencias sociales no hay inocencia, sino una fuerte vinculación con procesos y proyectos históricos y políticos, de la misma manera es posible avanzar en sentido inverso y buscar las connotaciones teóricas que existen detrás de esas grandes expresiones de masas que se han dado en América Latina y que a mi modo de ver fijan líneas de continuidad y de experiencia que te agarran desde Hidalgo y Morelos, Dorrego, Artigas, Bolívar, Zapata, Sandino, Perón, etc., etc., y ahí hay un potencial teórico bastante más importante como punto de partida para dar respuestas.

HG: -En tus trabajos sobre la tecnología también aparece una idea relacionada con esto que terminás de exponer...La tecnología



**“*b*uscar las
connotaciones
teóricas que existen
detrás de esas grandes
expresiones de masas
que se han dado en
América Latina”**

Esto no quiere decir que se mantengan iguales a sí mismas. Pero así como hay algo cultural que permite que en Inglaterra haya una continuidad de doscientos años entre Adam Smith y Ricardo y la Thacher, por qué en la Argentina, en América Latina, no se puede admitir que hay una continuidad de cierto tiempo alrededor de ciertos mandatos que te permiten tomar estas líneas históricas que uno llama las líneas históricas nacional-populares. Y mi tesis es que buceando en estas continuidades histórico-culturales (que no significa invariancia) vos podés encontrar un potencial teórico al que no se ha prestado todavía suficiente atención.

(Entrevista realizada por H. González, E. Vernick y E. Rinesi)

aparece más bien como un elemento externo que atentaría contra la identidad consigo de una especie de sujeto transhistórico, invariable y puro, como algo alienador, adverso a una identidad cultural que habría que rescatar. Como algo “malo” frente a una identidad anterior, pura y prístina que debería procurarse resguardar.

-No. Yo no creo de ninguna manera que la tecnología sea en sí misma algo “malo”. Para que no nos engañemos con esto, a mí me gusta citar el ejemplo de la tecnología del caballo respecto a los mapuches. Sin duda, en un enfrentamiento como fueron los enfrentamientos entre indios y españoles, la utilización del caballo más allá del factor sorpresa y demás les permitió una movilidad y un desarrollo en el campo del enfrentamiento impresionante. Lautaro, entre los mapuches, hace una muy inteligente capacidad de apropiación de ese instrumento. Se entera, primero, cómo es el hardware: tiene cuatro patas, etcétera. Y cómo es el software: cómo funciona, cómo se usa, cómo se alimenta...Se lo apropia, y utiliza esa instancia de poder que le da la “tecnología”. Que hace lo que no pudieron hacer los mapuches con las ametralladoras Remington 300 años después. Otra cosa hubiera sido la campaña del desierto si éstos hubieran manejado las ametralladoras que levó Roca. En este sentido veo la cuestión de la tecnología. Creo que la capacidad de transformación de las sociedades que tiene la tecnología depende del modelo político en el cual se incluye. Ahora, el otro tema es: Yo no estoy hablando de identidades que se mantienen incólumes a lo largo de los siglos. Sí creo en la existencia de ciertas concepciones de vida, de mandatos culturales, elementos, códigos, interpretaciones, valores... -y esto lo toma incluso la sociología funcionalista- que se transmiten de generación a generación a través del proceso de socialización. Y en este proceso de socialización, en esa relación entre las generaciones, en muchos casos existe la tendencia a mantener ciertos valores. Que no son los mismos y que muchas veces atraviesan las clases sociales. Y cuando hablo de mandatos, de historias y demás, dentro de los sectores populares ciertas aspiraciones de independencia, de autonomía, ciertos valores rebeldes, se transmiten de padres a hijos. Esta transmisión tiene un peso mucho más grande que el que se le ha otorgado, en general, en las ciencias sociales. O sea que las clases no son sólo inserciones censales, sino sujetos históricos. Y que estas transmisiones culturales y sociales en los procesos de socialización parecería ser que en América Latina tiene un cierto peso de mandato.

OSCAR LANDI:

Filosofía, política y ética de la responsabilidad.

Filósofo, doctor en Ciencia Política, animador permanente del debate cultural argentino, Oscar Landi no es, en cambio, sociólogo.

...aunque siempre me confunden con un sociólogo, así que por algo será. Me hacen opinar sobre la semiología, el alma del pueblo, la astrología de las revistas, la medicina popular, las reglas del sistema democrático, la imagen televisiva..., y siempre me preguntan como sociólogo. Si a mí me llaman todos sociólogo es porque la sociología es un lío, ¿no?

-Presisamente sobre ese lío, Oscar, quería que habláramos. Si nosotros consideramos el desempeño de la sociología, lo que la sociología es hoy, respecto al clima de época, el imaginario, diríamos, de los años en que se instala la carrera de sociología en Buenos Aires y se introduce en la Argentina una importante modernización intelectual y académica, vemos un contraste muy fuerte. ¿Habría que decir que fracasó el proyecto de la sociología en la Argentina?

-Me parece que habría que hacer una distinción. Desdoblar, te diría, la respuesta. Por un lado, es cierto: la sociología nace aquí en un clima con cierto rasgo de problemática (la idea de progreso, la idea de modernización versus los obstáculos de la tradición) y sobre todo con un racionalismo que depositaba mucha fe en ciertas formas de saberes y en ciertas técnicas empíricas para acceder al conocimiento social como productoras de políticas públicas desde el Estado. Es muy difícil, en efecto, disociar el imaginario de la carrera académica de sociología del modo en que se pensaba el rol del Estado en los años 60, tanto desde la perspectiva desarrollista como en la problemática marxista o como en la visión nacional-popular: Del lado del desarrollismo, estaba ese optimismo en el desarrollo tecnológico, en que los medios de comunicación iban a nivelar la información e iban a disolver obstáculos de tradicionalismo, en que las políticas del Estado y las políticas públicas podían disminuir los desniveles y estimular el progreso incluso en el contexto de esa forma de funcionamiento del capitalismo mundial, a través de las inversiones extranjeras y de lo que después en la sociología se problematizó como sustitución de importaciones, etc. El marxismo, por su parte, considerando la sustitución de importaciones desde la teoría de la dependencia extrema, la consigna de "socialismo o fascismo", la interpretación de la imposibilidad de todo desarrollo dependiente, las teorías catastrofistas, las teorías del atraso, etc., era una especie de evolución en espejo del diagnóstico desarrollista, que compartía con él -con diferente signo- la misma problemática de la relación entre conocimiento y acción estatal. Que era también, de alguna manera, el problema del populismo o, digamos, de la problemática nacional. Porque la cuestión de la relación entre las grandes masas y el líder suponía también ahí cierta confianza en lo que era el proyecto político, el proyecto histórico, el proyecto de Nación. De una u otra forma siempre la relación entre saberes, estado, posibilidad de progreso una vez vencidos ciertos obstáculos, estaba presente. Entonces, sí, en relación a esa problemática se puede decir que la sociología alcanza modestos rendimientos desde un punto de vista, digamos, técnico.

Pero junto con este problema técnico, hay para Landi otro, "histórico-político", de curso bastante más complicado y hasta más trágico:

...porque la sociología no pudo evitar configurarse como un momento de ciertos proyectos políticos de la década del 60. Y correr en consecuencia, también, la suerte de ese proyecto político; pagar, digamos, la apuesta fuerte: Es muy difícil separar cierta analítica de la sociología sobre por ejemplo la lógica de clases o de la explotación social del ciclo político de la izquierda en la Argentina, o de las causas nacionales y populares. Yo recuerdo que la sociología era una carrera que era una vía de acceso a la política. Que allí se hablaba de economía, de técnicas estadísticas, de semiología, y también de utopías. Se trataba de un imaginario muy grande, muy poderoso. ¿Si fracasó?: Es difícil decirlo. Sí: en cierto sentido fracasó. Pero, claro: los imaginarios siempre fracasan. Eso es así: es algo propio de cualquier imaginario que en algún momento se muestra su fracaso. Pero mientras funciona, funciona: ésa es la cuestión. Y este imaginario del que hablamos no fue inútil: Todo lo que apostó al saber, a la práctica social, a la lucha contra la alienación, contra las ideologías del dominio, del poder, etc., la expectativa de construir desde el Estado una nueva sociedad, todo ello que visto desde el clima de hoy donde está cuestionada la idea del progreso, donde está la cuestión de redimensionar el Estado, del mercado, etc., bueno: aparece disminuido, pero con esto no quiero decir que todo ese proyecto fue inútil ni mucho menos: Yo creo que durante todos esos años cumplió su función, produjo situaciones, impidió regresiones sociales y políticas muy grandes, creó un clima de época, estimuló otros fenómenos como las vanguardias estéticas, renovó las narrativas sociales...Es decir: tuvo una productividad. La cuestión no me parece entonces tanto resolver si todo eso "fracasó", sino pensar qué lugar ocupa hoy la sociología en las ciencias sociales, y además qué lugar pueden ocupar las ciencias sociales en las nuevas formas de gestión del poder y de la economía actuales, en el nuevo ciclo histórico.

“Yo creo que el peor fracaso sería seguir aferrados a ciertos viejos esquemas de la sociología y a defensas corporativas de la sociología. Eso sí que está condenado al fracaso.”

Aún hay otra cuestión, además del agotamiento de un ciclo histórico-político y de la crisis de aquel imaginario "de alguna manera iluminista", que Landi hace ingresar al cuadro que intenta pintarnos: la "...aparición de las ciencias de la comunicación, el desarrollo de las temáticas de la antropología urbana, la emancipación de la ciencia política a partir del análisis de los procesos autoritarios y de la especificidad que adquiere la cuestión política en la construcción de un proceso democrático, etc., de modo que la sociología se desmembra hoy respecto a cierta unidad originaria que lucía en esos años".

- ¿Cómo inciden estos procesos, Oscar, en la discusión epistemológica y metodológica, en la redefinición de los límites de la disciplina?

-Mirá: Hay algunos que de manera defensiva quieren reafirmar la cientificidad corporativa de ciertas técnicas y saberes sociológicos y otros -entre quienes yo me encuentro- que prefieren una relación más elástica, más de cruces, sin centro, entre un conglomerado de ópticas -antropológicas, políticas, sociológicas- donde en realidad la gracia del asunto es cómo todos estos saberes o fragmentos de saberes se pueden combinar, cómo pueden configurar solapamientos entre sí de manera incluso errática, en el sentido positivo de lo errático. En este sentido también la sociología tendría que desprenderse del complejo de inferioridad respecto a las ciencias naturales del siglo pasado, cosa que la física actual ya hizo hace rato. Porque en las teorías científicas actuales (físicas, matemáticas, etc.) no se habla ya de modelo único: se habla de solapamiento, de módulos de modelos, se habla del azar, se utilizan metáforas, se trabaja con la incertidumbre, con la presencia del observador en la observación, con la conjetura, con los pozos y agujeros negros, con la idea de caos, etc. De modo que esa aspiración de una sociología que se ocuparía de leyes generales de la sociedad con un modelo único y demás en realidad es tributaria de un modelo de otra área -de la ciencia dura o de las ciencias naturales- que ni aún ahí pervive. Con lo que yo no estoy para nada de acuerdo, en síntesis, es con la defensa corporativa de una supuesta sociología integrada como un saber único que se defiende de las otras ciencias, de la caída del sociólogo del aparato del Estado, defensa cuya metáfora máxima fue esa "Ley de Competencias Profesionales", el "Estatuto del Sociólogo", que fue una especie de éxito tardío de una ley concebida para otra sociedad. Entonces: lo que yo creo es que la sociología tiene que metabolizar la crisis del imaginario en el que funciona; tiene que metabolizar que es parte de un conjunto de entradas al conocimiento social diferentes, con las que debe compartir de manera tensa, asimétrica, muy móvil, la producción de ciertas preguntas sobre esta sociedad; tiene que bancarse la crisis de la confianza en la constructividad estatal de la sociedad, y desde ahí repensarse. Por eso yo creo muy importante la relación de la sociología con la filosofía, con el análisis de los lenguajes, etc. Esto incluso para redefinir el imaginario en el cual se para, se coloca, se posiciona la sociología. Entonces, recuperando disciplinas clásicas de la sociología, como el análisis estadístico, el análisis de clases, la configuración de la anatomía de la sociedad, etc., todas temáticas clásicas de la sociología, todas estas otras aperturas o cruces me parecen necesarios, y sobre todo plantear con franqueza la caída de ese imaginario originario y cómo se coloca esta sociología en clave de época hoy, en un momento en que están afectados, resumiendo, la idea de progreso lineal, el rol del Estado y la relación saber-Estado-construcción de las relaciones sociales. Yo creo que el peor fracaso sería seguir aferrados a ciertos viejos esquemas de la sociología y a defensas corporativas de la sociología. Eso sí que

está condenado al fracaso.

-La caída de ese imaginario y el fin del ciclo histórico asociado a los orígenes de la sociología académica en la Argentina, ponen en crisis también un modelo del intelectual: el intelectual de partido -como lo has llamado vos en algún lugar- o el escritor de vanguardia.

-Sí; yo creo que hay, en efecto, un cambio de funciones. Acordate de Sartre: modelo del intelectual del compromiso, de la intervención pública, de la puesta filosófica de las cuestiones, de la toma de partido, del saber universal por excelencia (puede hablar de todo o casi todo), artista, clavado en la irresolución de la sociedad capitalista, en sus límites, atento y sensible a las regresiones autoritarias (el fascismo europeo, por ejemplo), etc. Pues bien: esa figura efectivamente ha corrido también la suerte del ciclo político histórico y ha sido disuelto en gran medida en su vigencia. Hoy hay una especie de nueva morfología de las funciones intelectuales.

Dos cuestiones ubica Landi en el centro de esta redefinición: Una, la tiranía de la lógica del mercado: "La materialidad del funcionamiento de este capitalismo nos lleva a retrotraernos a la vieja versión del intelectual funcional, que vende servicios útiles". La otra, la preocupación ("con un costo positivo, creo") por la gobernabilidad del sistema democrático, que lleva al intelectual a no hablar ya" ...desde la contestación social sino desde el cuidado del Estado, incluso: como funcionarios". Cambio de función, entonces, pero también y al mismo tiempo, de los lugares desde los cuales se enuncia.

-Lo cual también tiene algo que ver con la pérdida del peso relativo de la Universidad en los procesos cultural y político del país, junto con sus problemas casi insolubles internos del déficit presupuestario, de la masividad, etc. Entonces hay hasta un cambio del peso relativo de ciertas instituciones, donde lo privado y lo técnico y ciertas otras racionalidades están más cruzadas con los circuitos de formación del poder.

-De las vanguardias, diríamos, a la ética de la responsabilidad.

-Sí. O por ahí no, no sé; en eso tengo mis dudas: Yo creo que efectivamente no estamos en una época de vanguardias estéticas, y que cierto vanguardismo a lo mejor tiene el riesgo de quedar bajo la forma de cierta subcultura, pero con todo es propio de este tumulto de la sociedad capitalista, aún mezclado con el tumulto de la gran crisis, la posibilidad de generar ciertas propuestas. Obviamente, hoy no encontramos intacto todo el correlato de la sociología del 60 (el Di Tella, los pintores, el café-concert), pero mirá lo que pasa con la televisión... (Este cronista reprimió mal un gesto de alarma y lo trocó rápidamente por un profundo suspiro de resignación). Mirá Gasalla: Gasalla surge en pequeños lugares, con la metáfora del circuito paralelo y riéndose de la cultura de masas o de la televisión de esa época. Hoy sigue criticando la televisión desde dentro de la televisión. Lo cual quiere decir que ya establece un pacto con públicos formados que necesitan y compran la crítica a la televisión viendo televisión. No son ya los públicos ingenuos del 50 o 60. Entonces lo que uno ve es una capacidad de la industria cultural como continente muy fuerte. Esto para algunos puede ser un mero signo de integración; para mí, no: Es una cosa ambigua, ambivalente, más aún porque además la industria cultural en la Argentina siempre tuvo signos muy complicados, representando muchas veces a sectores empresariales nacionales y a formas culturales populares más difíciles de encuadrar en los discursos disciplinadores.

- ¿Entonces?

- Entonces: yo no subestimo la necesidad de que el intelectual asuma las temáticas de la ética de la responsabilidad y de la defensa de un sistema democrático. Creo sí que ese pensamiento burocrático según el cual -como se creyó en la época de Alfonsín, acordate de Parque Norte- el problema central era crear rutinas democráticas, en un país que tenía la bomba de tiempo de la gran crisis social adentro, efectivamente fue un gran error. Porque en todo caso de lo que se trataba era de la creatividad de un nuevo sistema, no tanto de las rutinas en el sentido de habituar automáticamente a ciertos comportamientos, a que se vaya diluyendo el "enano fascista". Es decir: toda la industria de la subjetividad democrática de los años '83/'84 -y esto es una responsabilidad de todos, no es una crítica hacia nadie en particular, porque esa problemática tñó mucho toda la discusión política de esos años, la compartíamos o no- fue excesivamente pedagógica e institucionalista en un país que por adentro tenía un terremoto -que finalmente salió a la superficie- que pone en cuestión las identidades, la solidaridad social, etc. El institucionalismo no pudo ponerse por adentro de la lógica de la crisis social y de la cultura de la crisis social.

"Hoy hay una especie de nueva morfología de las funciones intelectuales."

Yo apuesto, en síntesis, a la innovación, a todo lo que tenga un tinte de vanguardia moderno, cómo no, a trabajar problemáticas que vienen de la crisis de sentido de la sociedad capitalista, a tomar la crisis de la racionalidad instrumental desarrollista del progreso de los años '60, no a favor de un irracionalismo fascistoide o de la anomia, sino a favor de una versión más compleja de la razón y por lo tanto de las funciones intelectuales.

- Se impone preguntarte por la transformación de estas funciones (hegemónicas, no ideales) del intelectual tras la revolución político-cultural que supone el menemismo.

- Para situar la cuestión: Yo te diría que estamos viviendo una especie de post-transición político-cultural, que evidentemente está dominada por la cuestión de la crisis económico-social, pero que además ha cambiado formas de comunicación política y géneros (discursivos y estéticos) que legitiman el sistema: Si con Alfonsín teníamos al discurso como género principal, y una espectacularización de la política en los medios pero realizada a partir de los lugares clásicos de la política (el Parlamento, el discurso presidencial, el acto), con Menem asistimos a la total contaminación de la política por parte de los géneros de los medios de la comunicación de masas, sobre todo en el '89: melodrama, historias deportivas, parodias, gestos, humor, imitaciones. Menem es un hombre de dentro de la televisión; no

es un político que aparece en las propagandas. Entonces: con Alfonsín cae el género propio de los primeros tramos de la transición que era el discurso político, el acto y la espectacularización de la política, desde el lugar de los políticos, ahora aparece la política sostenida en los lenguajes de los medios históricos de la cultura de masas, contaminada con eso. Y además aparece una nueva cuestión: que ya no es el presidente el que gobierna y dice un proyecto, sino que más bien Menem es un operador de una mayoría electoral, de contacto cultural, que apuesta todo a mantener cierta confianza y ciertos guiños culturales de contacto y a presentarse como la expectativa frente a grandes proyectos colectivos que habrían fracasado y que involucraron a gran parte de la población durante décadas, en la Argentina. Pero por otro lado, si esa es la función de Menem, la función de construcción de lo que llamamos así los temas, la agenda de la sociedad, se ha independizado relativamente de la figura del presidente, y tiene, paradójicamente, un tono más sistémico. Es decir: todo el *folklore* de Menem se cruza, en una especie de polifonía, con otras voces mucho más sistémicas, que son las del diagnóstico neo-liberal, las de la racionalización del Estado, la de la reforma y privatización, etc. Una agenda constituida, entonces, desde saberes que no son los saberes que pone en juego Menem en su espectacularización del vínculo político.

En una palabra: asistimos hoy a la emergencia de nuevas funciones intelectuales principales o hegemónicas: son los que construyen desde los medios la agenda, cruzados, de manera muy sui-géneris, con un hombre de contacto cultural popular como Menem (sobre todo hasta el '89: hoy su popularidad está afectada). Yo hablaría entonces de una polifonía donde se separa la función del contacto cultural de Menem de la construcción de agenda que viene por otro lado. Y en esa construcción de agenda hay la recuperación de funciones intelectuales clásicas y algunas nuevas funciones intelectuales generadas en el espacio de la industria de las comunicaciones que es un nuevo y decisivo protagonista de estos procesos. Siempre los medios fueron muy importantes en política; no lo vamos a descubrir ahora: desde la radio y la imprenta, formando la cultura letrada de los partidos clásicos. Pero hoy la industria está en el núcleo de las nuevas formas de la política audiovisual, está en el núcleo del *timming* de la crisis política frente a una lentitud pasmosa de los aparatos partidarios, está en el centro de la producción de una cada vez mayor personalización de la política a expensas de las instituciones partidarias, etc. Entonces yo creo que este nuevo personaje es un personaje estructural del poder hoy y es un personaje decisivo en cuanto a los géneros y a los lenguajes de las culturas políticas.

- La última, Oscar, en relación al estado actual de la sociología: ¿Te animás a darme dos nombres de colegas que, en tus campos de preocupaciones, estén realizando las producciones que te parezcan más interesantes?

- Como suele decirse siempre: No quiero nombrar algunos para no ser injusto con los otros. Yo creo que no me siento autorizado para opinar, primero porque no conozco todo lo que se está produciendo ni mucho menos, porque no tengo incluso la posibilidad material de leerlo, y porque respeto, en general, el trabajo de todo el mundo. Yo lo que te puedo decir es más bien una cuestión de *feeling*, de quien me siento, por razones de resonancia personal y de interlocución, más cerca. ¿Dos nombres?: Horacio González y Emilio de Ipola.

(Entrevista realizada por E. Rinesi.)

EMILIO DE IPOLA:

"Althusser fue mi Gramsci"

Fracasaron las ciencias sociales frente a lo que era el proyecto de Germani que las situaba acompañando el proceso de modernización?

- Creo que ni fracasaron ni tuvieron éxito; están, siguen existiendo. El proyecto fundacional de la sociología en la Argentina se inscribía en la idea de un proceso modernizador considerado como inevitable y necesario. La sociología fue entonces la racionalización socio-ideológica de ese proceso. No había en ese período sociólogos trabajando en el gobierno, pero sí un acompañamiento académico del pasaje a la sociedad moderna, en que la sociología fraseaba, criticaba o apoyaba. De alguna manera, la sociología era la ciencia de la transición a la sociedad moderna. Eso funcionó así hasta el '66, pero ya estaba siendo cuestionado desde la caída de Frondizi.

- Si nos situamos, ahora, en el '84, '85, pareciera que surge una nueva alianza entre ciencias sociales y política. Más bien parece una alianza entre científicos sociales y políticos, el sociólogo a un costado del político.

- Sí, en cierta medida en ese momento los intelectuales se dan cuenta que pueden jugar un papel político, y eso no está mal. Antes había habido un prejuicio por el cual los intelectuales no debían ligarse a nada que tuviera que ver con el poder establecido, pero a partir de ese período eso cambió. Ya no recibe necesariamente una sanción moral quien tratase de colaborar o asesorar a un gobierno como era el de Alfonsín. Fue, fundamentalmente, en tanto que ideólogos -no en el sentido de ocultar la realidad, sino en el de proporcionar ciertas ideas- que algunos científicos sociales han asesorado a algunos funcionarios.

Por otra parte, podemos decir que el sociólogo en Buenos Aires, siempre fue sociólogo y politólogo simplemente porque se había creado la carrera de sociología y no la de ciencia política. Por eso, me parece a mí, que hay pocos sociólogos profesionales que estudien la sociedad. El papel de los sociólogos está hoy cumplido más bien por los demógrafos. Un libro como *La estructura social en la Argentina* de Germani, si alguien lo reescribe ahora tendría que ser un demógrafo.

- ¿Habría que reescribir ese libro, hoy? ¿Es necesario que se vuelva a hacer un libro como ése que fue la piedra capital de la sociología institucional?

- Sí, pienso que sí. Creo que Susana Torrado -que es socióloga, pero que tiene hecho un doctorado en demografía- está desde hace un tiempo trabajando en una especie de reinención de *La Estructura social en la Argentina*. En la época de la fundación de la sociología estaban los dos libros de Germani, *La estructura social en la Argentina* y *Política y sociedad en una época de transición*. El primero era como la estructura y el segundo la superestructura.

- En los últimos años ha habido una gran proliferación de trabajos ensayísticos que podemos catalogar como de sociología reflexiva. ¿Cuáles son las razones por las que gran parte de las ciencias sociales se volcaron hacia el género ensayo?

- En parte es una expresión nueva de la toma de posición del sociólogo frente a la realidad; y también es una expresión de la llamada crisis de los paradigmas teóricos, ya que el género ensayo permite una mirada más ecléctica que otros géneros. Entonces, a veces, el cientista social se convierte en un ensayista subyugado por los problemas que le plantea su contemporaneidad. En este último tiempo aparecieron gran cantidad de estos trabajos que arrojaron una serie de propuestas, hipótesis, sugerencias; y al mismo tiempo no ha habido grandes trabajos de sociología objetiva -sacando de lado las encuestas de opinión que se ubican en un nivel menos teórico-. El problema es que el cientista social, muchas veces, a partir de una información impresionista desarrolla ideas sobre lo que sucede en la sociedad o en la política. A veces sobre la base de lo que ha leído en los diarios combinándolo con algunos textos teóricos. No digo que esto esté mal -no quiero hacer una descripción caricatural-, ya que muchos de estos productos son válidos, pero hay veces en que me quejo por la falta de estudios duros, de cierto abandono desde el cual se cae en un terreno baldío. Digo yo esto que me intereso más por el otro aspecto, el de los estudios más teóricos. Pero, bueno, lo que creo es que ambos aspectos deben ser complementarios.

"A veces, el cientista social se convierte en un ensayista subyugado por los problemas que le plantea su contemporaneidad."

- Entre las últimas producciones, se destacaron también algunas búsquedas en las que se articuló ciencias sociales con literatura, con filosofía o con psicoanálisis. Te propongo repasar algunas de estas producciones más en los límites de la ciencia social. Empecemos por el análisis de la risa popular en los medios, los trabajos sobre Olmedo que hicieron Landi y Quevedo.

- Sin duda estos trabajos son extremadamente interesantes. Y se emparentan mucho con lo que son mis preocupaciones. Pero también a mí me interesan -y creo que a ellos también- otro tipo de búsqueda también ensayística, que son las filosofías e historias de la cultura de Oscar Terán y los análisis políticos como lo hace, por ejemplo, Portantiero. Son ensayos que tienen una impresionante capacidad para el análisis inmediato del momento político; me interesa esa capacidad para construir una coyuntura, lo cual requiere también de una dosis de imaginación muy grande.

- Otra búsqueda la constituyen los trabajos de José Nun.

- Lo de Nun sería para mí lo más completo, porque él trabaja en los dos planos: en el reflexivo y en el teórico. Un gran ejemplo de esto es *La rebelión del coro*. También la relectura que hace de Gramsci, creo que la cuestión del sentido común requiere todavía ser reelaborada pero que debe partirse de los planteos de Nun.

- Para seguir con este tipo de producciones, citemos también la discusión acerca de la discursividad de las ciencias sociales.

- Esa es otra derivación. Forman parte de una búsqueda que ya lleva bastantes años desde que el discurso se interroga a sí mismo -no sólo sobre sus condiciones de validez, sino sobre sus condiciones de posibilidad y sobre sus efectos. Eso se ha traducido, efectivamente, en un desarrollo de los análisis de los discursos sociales y de la reflexión teórica sobre ellos. Aparecen, entonces, búsquedas en todo un sector de las ciencias sociales fronterizas con la filosofía, la lingüística y el psicoanálisis. En ese sentido aparecen las producciones de dos argentinos que no viven en la Argentina -que son Eliseo Verón y Ernesto Laclau- que también me interesan para mi trabajo. En el caso de Verón, el proyecto fundamental es el de hacer un análisis objetivo de los discursos sociales, de construir una ciencia que después pueda ser utilizada para algún fin último como la democracia o la justicia social. En el caso de Laclau, la reflexión gira en torno del lenguaje, la filosofía y la política, pero se funda sobre un proyecto político más explícito. La producción de Laclau se sitúa en una reflexión ensayística, por lo que no se le ocurre que lo que hace deba parecerse en lo más mínimo a un teorema; en cambio en Verón hay una mayor preocupación por trabajar sobre el método, con lo que se acerca más al trabajo científico.

- Bueno, después de este repaso de obras, me queda sólo interrogarte sobre la tuya propia. ¿Cómo te ves frente a tu biografía?

- Los autores de los que hemos hablado y que a mí me interesan dan un poco la pauta del tipo de cosas que yo fui trabajando. Fijate que ninguno de estos autores, o solamente uno, viene de la sociología. El único es Portantiero, pero él es un sociólogo tardío, antes había estudiado letras. En mi caso yo me formé en la carrera de filosofía y eso marcó que mi

“Ya no recibe necesariamente una sanción moral quien tratase de colaborar o asesorar a un gobierno como era el de Alfonsín.”

trabajo haya estado ligado a problemas teóricos y con la sensación de que debía hacer estudios objetivos.

- Pero ¿cómo ves la continuidad que se dio desde la escritura de una tesis doctoral que discute aspectos epistemológicos en Lévi-Strauss, hasta ahora que escribís una ficción -El abismo- para después inspeccionarla teóricamente?

- Bueno, creo que hay una línea de continuidad que tal vez iba en una dirección, pero que no hubo grandes rupturas. Desde la filosofía a Lévi-Strauss que era el estructuralismo. Althusser, que fue mi Gramsci, me sirvió -como a mis amigos gramscianos- para salir del marxismo dogmático. Y la tesis sobre Lévi-Strauss era sobre epistemología pero también sobre el análisis de los mitos, es decir, que ya había en mí cierto interés por el análisis del discurso, el estudio de los rumores o lo que intento trabajar ahora en el tiempo que me queda de mi función en el Centro de Estudios Avanzados. Y aquellas indagaciones tampoco me parecen que hayan sido tan lejanas de mi trabajo cuando intento introducir a Borges en la filosofía política, o busco incursionar en algún tipo de género que no es inmediatamente el científico-social, ni aún el ensayístico, como es el género ficcional, en que me sirvo de un material de ficción para reflexionar sobre temas de la realidad. El punto que sí, tal vez, pueda ser de discontinuidad, es el de mi participación en un trabajo colectivo sobre las clases sociales en Chile que duró tres años. Pero eso lo hice manejando la idea de que hacen falta también estudios objetivos. Eso sí rompería con la línea de continuidad que puede marcar a mis indagaciones teóricas, pero es relativo, porque ese trabajo se inscribía en una línea pos-althusseriana, lo que significa que era un poco althusseriana.

(Entrevista realizada por E. Vernick.)

Ensayos, reseñas y opiniones

Las entrevistas precedentes y la cuestión del estado actual de la sociología en nuestro país son los temas sobre los que giran los artículos que componen esta sección. Que incluye además algunas opiniones sobre los viejos y los nuevos textos que versan sobre el asunto, un documento

recientemente producido por docentes de la carrera de Sociología de la UBA y un homenaje de **El Ojo Mocho** a José Aricó, a quien las páginas de nuestra revista, íntegramente producidas antes de su muerte, y casi sin proponérselo, no dejan de referirse.

ENSAYOS

La sociología del orden, una ideología triunfante

Por Horacio González

Desde el Di Tella hasta el Cedes, la sociología inscribió la causa de la modernidad en sus banderas. Di Tella finalmente fue ministro.

La carrera de sociología fue creada para ser un desdoblamiento dramático de las vidas políticas argentinas. La carrera de ciencias políticas, más de dos décadas después, fue creada para ser una complacida compañera del político entendido como hombre social.

Alguna vez pudo esperarse que triunfaran las ciencias sociales en la figura sutil del crítico de épocas. Triunfaron en la figura del analista electoral, del sociólogo de la intención de voto y del armador de campañas para anudar instituciones y sensibilidades.

El candidato y la Semiología hicieron su alianza. Eliseo Verón sería el que pudo hacer al fin el gesto de su bendición, la señal de la cruz en el aire. Las semiologías posibles anunciaron la consigna democrática de que los medios "construyen el acontecimiento", pero que también el receptor actúa como sujeto activo. Quedó diseñado el objeto de la teoría democrática y de las neosociologías al mismo tiempo: el examen de la creencia como lazo social, a través de cierto conductismo heredero del estructuralismo de las décadas anteriores. Quien cree se depara con el mito, es decir, con la relación "frágil e inestable" entre creencia y conducta. Entre una y otra, "la gente hace cosas insospechadas". ¿Hay algo que no sea del nivel del mito? Nada, prácticamente nada. ¿Hay algo que se pueda hacer para conjurar el relato despótico que propone el mito? Algo, prácticamente algo. Convertir el mito en un ramillete desglosado de creencias, motivaciones e intenciones.

Una vez identificada la creencia se le retira cualquier peso ontológico. La *ontología* fue elegida como mala palabra. Como blasfemia humectante en el rostro de la sociología de los dispositivos y correlaciones. Desde luego, hay una ontología conservadora, que piensa la necesidad de orden fijo, molar e inteligible, subyacente a lo social. De una ontología con ese diseño, se obtiene un efecto justamente criticado: el discurso esencialista, donde la sociedad aparece postulada como una "caja vacía" en la que después se "descubren" fenómenos. Pero hay otra ontología, una ontología crítica, que nombra a un "ser puesto en cuestión", y por lo tanto un mundo social que se compone de experiencias vividas, de intereses prácticos y cognoscitivos.

En este caso, la ontología no es una palabra que avasalle el potencial de cambio que tiene la sociología. Al contrario, la alianza

entre ontología y crítica es lo que puede garantizar que los actos de creación social se efectúen (y se estudien) con identidades siempre recomenzadas que cuestionan su pertenencia del único modo que pueden hacerlo. ¿Cómo? Visualizando el mundo vivido como un mundo lacustre, donde todo acto está cargado de un sentido que deja fisuras convertidas en lagunas por "otros", esto es por lo "social".

El triunfo de una sociología despojada de una ontología crítica y transformadora no debe alegrarnos. Bastante se ha escuchado el pregón del "fin de los esencialismos", del "intuicionismo", etc. Se emiten restos certificados de obsolescencia en nombre de una teoría democrática sin finalismos ni motivos *a priori*, que atribuyan papeles previamente declarados a los sujetos. De acuerdo. Pero a través de estas extremaunciones no ha llegado ninguna revolución democrática, sino la investigación del mercado electoral con una hipótesis doble, pues por un lado se postula el carácter lábil y precario de toda identidad, y por otro lado se pone al servicio de toda clase de grupos fácticos una sociología electoral francamente manipulatoria.

En treinta años de la carrera de sociología en la Universidad argentina, su máxima impregnación profesional y social ha sido el surgimiento de evaluadores de opinión pública y computadores de creencias "volátiles" que en nombre de una sociología científica de la intención, formulan el máximo pacto de colaboración técnica con los poderes reinantes. Escúchese a los señores Mora y Araujo, y otros cortados por similar tijera. Son el último eslabón de la teoría política, el *non plus ultra* de una ciencia social fenoménica, basada en un sujeto consumidor, en una racionalidad instrumental y en una hipótesis motivacional microfísica y ultraempirista. Por un lado estos "encuestadores del mercado de la intención" son el polo subjetivo de la nueva clase política en formación. Por otro lado, representan la cristalización de la sociología en un último estadio a-crítico, verificacionista y tecno-instrumental. En ese sentido, la sociología profesionalmente más activa consume las tendencias más persistentes en la sociología de todo el período: de una crítica al mercado llegamos por fin al mercado como ideología ventrilocua del experto sociológico. La carrera de sociología se había preparado para otra cosa. Pero sus impulsiones más imaginativas e inventacionales nunca resolvieron el drama ético de la acción. Por eso, ex-cientificistas, ex-marxistas, ex-populistas y otros, corren parejo en la carrera para formar el personal técnico del partido del orden.

Del orden y del progreso, dígame mejor. Porque la sociología nació bajo el auspicio de una modernización política que garantizara la formación democrática de la decisión y una economía ampliada que diera cauce a la demanda de bienestar de los ciudadanos. Durante mucho tiempo se luchó en la carrera de sociología para presentar versiones más creativas de esta modernidad. Todas ellas debían cruzar lanzas contra el padre fundador, Gino Germani, mil veces refutado y autor póstumo de una maldición que hoy es necesario escuchar: la sociedad moderna está en peligro porque no cuenta con bases políticas efectivas para resolver la paradoja entre la ampliación de las iniciativas y la creación de poderes totalitarios. Estas amargas páginas de despedida están en la mejor tradición del sociólogo de los valores, compenetrado de una ética de la resistencia y de cierto ideal viril weberiano. Este Germani es el que así escribe su vendetta contra una ciencia que le daba la espalda por considerarlo un modernizante banal.

Sin embargo, la refutación del modernismo escéptico de Germani, quedó también refutado y auto-refutado. ¿Dónde vemos hoy al "hombre-colectivo" gramsciano, uno de los síntomas de esa refutación? ¿Y al sujeto agónico, militante popular y primitivo, rebelde de una ética pre-capitalista y antidesarrollista? Marcos Schlaster, Daniel Hopen y Roberto Carri son los grandes mártires de este pequeño solar del universo. Víctimas de un poder demencial, víctimas también de una época y estupendos representantes del ejercicio genérico de la crítica por parte del movimiento de estudiantes y profesores. Ellos, fueron devorados por el vértigo con que de repente chocan viejas capas geológicas de la historia.

¿Por qué hay sucesivas fundaciones y nunca una Fundación? No sólo porque se quiere evitar el absolutismo que después llevará a regimientos, sino porque cada fundación trae una cuota de alivio respecto al peso que sobre toda historia tienen los martirologios de la etapa anterior. La carrera de sociología fue así nuevamente fundada y se hará presente el bronce, la forma cosística del recuerdo, que es siempre un apacible orfebre. Nadie está obligado a demostrar con su muerte la densidad de sus ideas ni se ha inventado forma eficaz de tener devoción por las muertes y al mismo tiempo criticarlos. Los muertos nos demudan. Se moría porque sobre algunos cuerpos se solazaba la historia para señalar la imperiosa brutalidad con la que había que reconducir los rumbos.

La crítica a la modernización científicista no prosperó porque no prosperó la figura del militante armado, excelso crítico, que desconocía sus demonios interiores. Pero también fracasó una modernización que se alzaba con el botín de la crítica. En esto, era mejor Germani en su último exilio, descreyente del género humano en general, tal como lo dijo, con todas las letras, en uno de los más impresionantes documentos de la sociología argentina. La modernización política que se esgrimía en cuanto crítica, tenía como tarea la de demoler prejuicios culturales que llevaban al consenso inmovilista como a la forma bélica del conflicto. Conbió la política como auto-creación social y lo popular como una red cultural a ser reescrita desde nuevos sujetos sociales libremente relevados en el espacio público. Este ambicioso programa podía unir *modernización y crítica* porque concebía que había un populismo pre-moderno, para remover una acechanza potencialmente antidemocrática que siempre podía soltar su gatillo autoritario contra el sujeto pactador autoconciente. Todo confirmaba este diagnóstico. ¿No estaban allí los populistas varios, remozados o no, que decían que la modernización era un rostro de la injusticia social?

Pues bien, la sociología que en su última mutación política fue capaz de unir el espíritu modernista de Germani, las tesis dialogales de Habermas y el sujeto que insinuaba Marx en sus escritos sobre Feuerbach, no fracasó porque los anti-modernos supieron "zafar de la jaula de hierro contractualista". Fracasó porque nuevamente se disoció la modernización de la crítica, pero esta vez, no para encarnar la crítica, sino la modernización a secas. Di Tella es ministro. Una sociología ha triunfado. Ya no se ven esos taxis por la calle y la viejas heladeras van rompiéndose sin repuestos... y además, las vanguardias estéticas ya no asustan a nadie. ¡Si ellos son los *marchands!*

¿Por qué ocurrió esto? Muy simple. Porque hay una *anexación* de la "sociología de las intenciones" por parte de las nuevas capas dirigentes del país. Estas son modernas, han encarnado a la modernización. Es cierto que el perito modernizador paradigmático encontrará aquí y allá indisimulados manchones. Una gestión particularista de la cosa pública, mensajes de defensa de la familia y "mano dura contra la marginalidad", pero junto a ello, un desenfado general respecto a sensibilidades y moralidades. Y principalmente, hay un reconocimiento al experto, al que "sabe", a los Felipitos Solás, un reconocimiento al manager de datos cuadrículados con curva de Gauss, a los Julitos Aurelios, un reconocimiento a los técnicos en acoplamientos con las "tendencias mundiales" munidos de conocimientos competentes, a lo Juancito Llach. Todos ellos emisarios, vástagos y oficiales de las sociologías en las que naufraga la memoria crítica de toda una generación. Si leyese esto que ahora escribo se matarían de risa. Ríanse, pueden estar orgullosos que con ustedes las ciencias sociales recién llegan a su punto de ignición, aliadas al peronismo moderno y al progresismo a-ético y acrílico, que vendría a ser todo lo mismo.

Nada puede observarse en la actual sociología universitaria e institucional-profesional, capaz de conjurar esta dirección dominante. No alcanzan la radios comunitarias, las revistas alternativas y el afán naturalmente crítico e indagador del movimiento estudiantil. No alcanzan porque no están, en nuestro horizonte de consideraciones teóricas y activas, las pautas con las que efectivamente podamos convocar a otro comportamiento para el saber y otra pedagogía para la palabra. Salvo pequeños hematomas de crítica intelectual, que en todos lados son difíciles de desplazar definitivamente, la vieja carrera de sociología habrá alumbrado por fin al *sociólogo*, un hombre de nuestro tiempo, una conciencia moderna si las hay, democrático auscultador de las mayorías sociales, que le han confiado sus intenciones de voto y los secretos estadísticos de su vida, como a rasputines que correrán presurosos al despacho del senador o del concejal para recitar videncias, recetas y conjuros.

La carrera de sociología dormita -aún en sus derivas más imaginativas y disconformes- ante la mundanidad desenfadada del sociólogo móvil, floración metodológica del menemismo, ciencia presidencial, conjunción del "estadista" con el "experto en creencias". Situar nuevamente en acción al patrimonio crítico de las ciencias sociales, es lo que nos merecemos después de tanta noche, de tantos vicarios, de tantos cocoliches. La primera gran intensidad política que vivió la sociología, fue la crítica a la modernidad, calcada de una rápida crítica al espíritu ilustrado. La segunda gran intensidad política fue la vinculación entre crítica y modernidad, para destituir, no menos rápidamente, al espíritu finalista-historicista. Se insinúa ahora la apología de una modernidad sin crítica, en la cual el poder se aprovisiona de una ciencia del orden que elabora cuadros con las "intenciones" del subsuelo de la sociedad. La Sociología del Orden ha nacido. Tiene sus raíces entre nosotros.

Historias de vida

Por Eduardo Rinesi

Decir una vez más "historicismo" versus "estructuralismo" puede ser una forma de simplificarlo todo, pero es seguramente la única manera de plantear, en los términos conocidos, la cuestión. Que es, para el caso, la cuestión de la autopercepción del rol de los intelectuales argentinos de cara a los procesos históricos que, en el transcurso de las últimas décadas, los han tenido por protagonistas. Uno. Y dos: la cuestión de la evolución de las ideas de estos intelectuales a lo largo de vidas tan profundamente sacudidas por los avatares del drama político nacional. Las variadas reconstrucciones de vastos fragmentos de este drama que circulan por estas páginas permiten echar alguna luz sobre uno y otro problema: el de los modos de narrarse la historia política de la sociología académica en la Argentina; el de las formas en que algunos de sus protagonistas más sobresalientes conciben hoy, en perspectiva, sus autobiografías teóricas. Pienso en los reportajes a Alcira Argumedo y a Juan Carlos Portantiero; pienso en el libro de Oscar Terán.

Historicismo versus estructuralismo, decíamos. Dos formas diferentes de pensarse la historia, desde luego. Pero también, y por lo mismo, dos modos alternativos de posicionarnos, como intelectuales, frente a ella. Porque, ¿dónde habría de conducirnos el supuesto de la historia como el autodesarrollo de un sujeto colectivo progresando hacia su redención y hacia su conocimiento verdadero, sino al intento de encontrar, en los subsuelos de los movimientos políticos de las masas, una racionalidad profunda, una clave de inteligibilidad de la historia de los pueblos, el núcleo duro de una teoría del progreso? ¿Y dónde podría desembocar la idea de sujetos sociales contruidos en antagonismos cuya cifra radica en algún nivel oculto de la vida social sino en la autopercepción del intelectual como el llamado a desnudar para esos mismos sujetos la verdad profunda de una dominación cuya misma naturaleza les es a ellos desconocida y le pertenece a él, en cambio, desde siempre?

Pero los relatos que venimos de leer nos sitúan ante un segundo problema, cual es el de la evaluación de los cambios y las continuidades en los propios pensamientos, el de saber que queda de lo que fuimos, el de preguntarnos qué hicimos de lo que pensábamos ayer, el de reflexionar sobre la capacidad o incapacidad de nuestros viejos cuerpos de ideas para resistir los avatares de la historia y -acaso más profundamente- sobre si es virtuoso saludar aquella capacidad o conveniente condenar esta endeblez. Portantiero ha situado la cuestión en sus justos términos al plantear las dos posiciones extremas de las que nos invita a huir con idéntica prisa: la invariancia dogmática y el travestismo acomodaticio. Entre uno y otro se ubica el sitio donde Portantiero cree posible una "ética de la responsabilidad" en el campo de las prácticas teóricas. Más cerca -para mantener la cuestión dentro de las clásicas coordenadas weberianas- de una "ética de la convicción", Alcira Argumedo hace gala, por su parte, de una "intransigente y casi obstinada voluntad de coherencia teórica y política" (escojo intencionalmente las palabras con que Emilio de Ipola, no sin una pizca de malicia, se ha referido alguna vez a la obra de otro insobornable: León Rozitchner) y destaca la dificultad de discutir hoy, desde posiciones similares a las que asumía hace dos décadas, con espíritus mucho más proclives que el suyo a dejarse arrastrar por las tendencias intelectuales de la época.

Es que en realidad se escriben autobiografías como se formulan filosofías de la historia, (si es que no se asumen filosofías de la historia, en cierto sentido, para dar cuenta de las propias biografías). Y aquí la oposición que sugeríamos más arriba entre historicismo y estructuralismo (cuya coincidencia, en las formaciones político-ideológicas argentinas de los sesentas, con los pares antagonicos

populismo/iluminismo, movimientismo/vanguardismo, etc, es sólo uno de los costados del problema que queremos situar acá) vuelve a aparecer con toda su fuerza. No ya para dividir las aguas entre "oscuros" e "iluminados", sino más bien para hacerlo entre "diacronistas" y "sincronistas", entre quienes ponen el acento en las continuidades históricas y en las memorias colectivas y quienes lo hacen en los quiebres, las rupturas y los olvidos. Cuando se trata de preguntarse por la relación de los propios pensamientos con la historia, entre quienes -como Argumedo- creen en la existencia de grandes "matrices" -digamos: "geopolíticas", transhistóricas- de pensamiento, y quienes, en la senda abierta por la idea de "episteme" que introdujera Foucault en *Las palabras y las cosas*, afirman el carácter determinante de "las épocas" sobre los pensamientos que las habitan.

Así, la empeñada coherencia teórica de Argumedo, ¿no es apenas un capítulo, una consecuencia necesaria de su convicción, de carácter mucho más general, acerca de que "hay algo ... una continuidad de cierto tipo" jalonando, en torno a un conjunto de tradiciones con un "cierto peso de mandato", la historia de los sujetos colectivos (y de las líneas de pensamiento) nacional-populares en América Latina? En efecto: si la idea de "matriz de pensamiento" es la consecuencia epistemológica necesaria del supuesto (¿más elegante?: de la "ilusión yoica") de un sujeto colectivo transitando los Tiempos (gloriosamente, como la Europa clásica en Husserl; penosamente, como el África negra en Fanon; rebeldemente, como la América profunda en Martí) en busca de su destino de libertad, la propia coherencia intelectual no es, por su parte, más que el cumplimiento de un compromiso con la historia.

La idea opuesta, la que se insinúa cuando Terán nos habla de los "años izquierdistas", o Portantiero de sus "años montoneros", se desprende igualmente, en línea directa, de la concepción de la historia como una sucesión de conflictos determinados por estructuras profundas y cambiantes, de los sujetos (para retomar la discusión que propone Argumedo) como "sujetos sociales", y no como "sujetos sociales culturalmente identificados", y de los sistemas de pensamientos como "modas" epocales. Una ventaja tiene este sistema respecto al anterior, y es que permite hablar del pasado -de nuestro propio pasado- en tercera persona. Al fin y al cabo, no fuimos nosotros los izquierdistas: fueron los "años" izquierdistas los que hablaban a través de nuestras bocas encendidas; al fin y al cabo, no fuimos nosotros los montoneros: fueron los "años" montoneros los que se filtraban a través de nuestras plumas afiebradas. ¿Irresponsabilidad? En absoluto, porque aquí el intelectual no rinde pleitesía a ningún mandato de coherencia en el tiempo, sino a los imperativos teóricos de su época. ¿De qué hemos de excusarnos, si nunca fuimos más que voceros de los "espíritus de época" que transitamos? Por eso siente uno a veces que pesadas biografías nos son narradas por sus propios protagonistas como si lo fueran menos: porque la filosofía de la historia que inspira el relato sólo permite concebirlas como una ligera continuidad de densos presentes que se suceden sin deudas en sus inventarios.

Se narran autobiografías -dijimos- como se escriben filosofías de la historia. Pero decir filosofía de la historia es decir certeza absoluta de encontrarnos en la verdad. No a favor de ella ni camino a ella: en ella, que nos pertenece desde siempre: en la tesis historicista-movimientista, porque somos portavoces de un mandato trascendente al que nos entregamos con cuerpo y alma; en la tesis epocalista-vanguardista, porque somos intérpretes de las tendencias más profundas de nuestro propio presente (que suele escaparse a la oscura comprensión de las almas sencillas) y, conocedores de sus posibilidades y sus límites, sabemos dar en él un combate "responsable". En uno y otro caso nuestra mirada de intelectuales asume el punto de vista de la verdad y organiza desde él nuestra acción sobre el mundo. ¿Será posible resistir la tentación de semejante reaseguro? ¿Pensar a un tiempo con convicciones y sin ontologías; con responsabilidad, pero sin resignaciones? ¿Actuar sobre el mundo sin garantías de triunfo ni seguridades exculpatorias; mirar el pasado, el presente y el futuro asumiendo la irremediable opacidad de lo social, ... con el ojo mocho?*

Palas Atenea o Mercurio

Por Christian Ferrer

En el principio fue Germani. El creó a la ciencia social, al rol profesional y a las instituciones académicas imprescindibles en los días de 1957, D.C. Y su verba dijo: "esto es sociología pero esto es el diletante teoricismo social" y "esto se llama ciencia, pero esto es filosofía especulativa" y "esto es metodología seria pero esto otro es ensayismo estéril, precientífico, grafía rupestre". Y que conste que todo ocurrió *ex-nihilo*, aunque en el marco de una renovación general de los aparatos universitarios y estatales, y de las costumbres del país. Frondizi se llamaba el traidor de la Argentina populista y su severo y marcial superyó (promoción '76) hacen desaparecer el corpus que tan dificultosamente daba sus primeros pasos en una tierra donde habían clavado sendos estandartes el tradicionalismo nacionalista-católico y el filosofismo especulativo de las elites intelectuales. Desvanecido u oculto en Centros Privados de Investigación, el corpus celebra su revival un lustro más tarde cuando las rutinarias mutaciones paradigmáticas demarcan un nuevo régimen internacional de cientificidad y sugieren volver a Germani. Y con la frente marchita y reparando en la medida de lo posible los destrozos de los años '60 y '70. En fin, nada nuevo, todo muy argentino: un edipo pésimamente resuelto.

Años después, convulsos movimientos teórico-políticos agitaron a estudiantes y jóvenes graduados, politizando la ciencia, tercermundizando la teoría y enarbolando a Marx y Cía. como estandarte. Se transformó -frente al mismísimo ceño fruncido del onganato- a la Universidad-Isla en la Isla de la Tortuga. Si la sociología adquiere su moderna autoconciencia con Germani, el inconciente y pasional ello de la Argentina populista y su severo y marcial superyó (promoción '76) hacen desaparecer el corpus que tan dificultosamente daba sus primeros pasos en una tierra donde habían clavado sendos estandartes el tradicionalismo nacionalista-católico y el filosofismo especulativo de las elites intelectuales. Desvanecido u oculto en Centros Privados de Investigación, el corpus celebra su revival un lustro más tarde cuando las rutinarias mutaciones paradigmáticas demarcan un nuevo régimen internacional de cientificidad y sugieren volver a Germani. Y con la frente marchita y reparando en la medida de lo posible los destrozos de los años '60 y '70. En fin, nada nuevo, todo muy argentino: un edipo pésimamente resuelto.

Ya Max Weber se ocupó proféticamente de este problema hace 70 años en dos renombradas conferencias. Si se tratara de relatar una *historia profesional de la sociología* nos atascaríamos en una serie de anécdotas de mercado. Narraríamos una saga pedestre, los avatares intrascendentes del sociólogo recién diplomado como empleado público jerarquizado, como experto en marketing y encuestología, como asesor político o privado, como diseñador de políticas públicas, como investigador privado. Rememorar la *historia intelectual de la disciplina*, en cambio, nos conduce ante las raíces espirituales -vocacionales- de la disciplina. El profesional se vincula necesariamente a un *ethos instrumentalista* inducido por las tendencias del Mercado. Pero la vocación ha sobrevivido desde tiempos muy antiguos estimulando un *ethos desinteresado*, *improductivo* y asociado a faenas trascendentes. Los orígenes históricos de la sociología nos muestran un saber orgullosamente ocupado en desatar las cadenas que unían a Eva y Adán al Reino de la Necesidad (¿qué corazón no recuerda, inquieto, la onceava tesis sobre Feuerbach?, ¿quién no siente, aún en esta década desengañada, la potencia de esa "llamada"?). Luego, transformada en procedimientos aptos para mensurar al moderno "universo carcelario", la sociología sirvió como fiscalizadora de la conciencia y el cuerpo ajenos. Y cuando se invistió como vestal protectora de la gléida neutralidad valorativa dobló la cerviz ante los afanes pragmáticos del proyecto de la ciencia moderna (que jamás consistió en el dominio y explicación de la naturaleza y la sociedad sino en la emancipación racional

del sufrido rebaño humano). Pero en sus raíces decimonónicas encontramos un saber que se desplegó por fuera de la materialidad social a fin de relevar y mapear una tierra implacablemente des-almada, con la desmedida pretensión de extraer una plusvalía de conocimiento. Este saber, tamizado por alquimistas que aceptaron el fundamento intemporal y sagrado de su tarea, y tamizado por modos de pensar forjados ya en las mañanas ardientes de una casi irreal Atenas, aspira al rango de sabiduría. No la explicación causal, no la escritura higiénica, sino el pensamiento potente que, sin ser capaz de develar la naturaleza última de la realidad, sabe que no es deseable renunciar a la comprensión y alteración de la imagen instituida del mundo. Así se constituye la *condición trágica* de la ciencia social: pues se trata de un saber que no puede autofundamentarse metodológicamente en sí mismo, que no puede recostarse sobre razones de derecho trascendental, sobre palancas causales naturales o estructurales, o sobre ilusorias razones comunicativas, y que, sin embrago, debe instituir una actividad llamada pensamiento crítico y una práctica no reductible a una retórica de la estadística. *Porque el hombre es aún el dueño de su destino, incluso si ello implica desafiar a la muerte.* Entre la comunión y el desdichado desgarrarse de la comunidad, entre la teoría y la praxis, entre el intelecto y la pasión, "entre la idea y la realidad, entre el deseo y el espasmo": ¿Nuestro será el Reino?

Modernamente el conflicto entre vocación y profesión vuélvese inevitable porque la metodología y las teorías a la moda no dotan al aspirante a sociólogo de los atributos propios de la condición intelectual, esa moderna profesión de fe aún en pie. A lo largo de una centuria los sociólogos se han amparado en ideales ascendidos a rango metafísico -revolución, patria, tercer mundo, progreso-, hoy en día caídos en desgracia, reconsiderados desapasionadamente como "objetos de estudio". Vacante una utopía ontológica, el conflicto entre vocación y profesión ponen crisis el sentido de la disciplina. ¿Cuáles son las teorías sustitutas que se ofrecen, si no como proyecto metasociológico o político, al menos como salvación epistemológica?: ¿Habermas cruzado con Touraine?, ¿frankfurtianos más aggiornados de lo que quisieran?, ¿un Bourdieu menos estricto?, ¿un Marx menos severo, tamizado por nuevas problemáticas o por microsociologías?, ¿un Foucault no tan deprimente?, ¿teorías de azar como compleja estrategia para domesticar el caos? Salvavidas que nos mantienen sobre la línea de flotación. Pero no se trata tanto de importar claves teóricas contemporáneas ni de forjar "buenos" profesionales como de *construir y proteger un ámbito singular donde el saber, la cultura, la crítica impiadosa y apasionada y el "talante" intelectual crítico se erijan como valores esenciales.* Conviene entonces debatir las funciones últimas de la Universidad: si ella se adecua a la retórica triunfante hoy día acabará siendo mero pelele del *principio de organización intelectual* de la sociedad contemporánea: el Mercado. Por el contrario estimular la *vocación* del aspirante a la ciencia social implica fomentar sus *riquezas espirituales*, hacer de la vocación una profesión de fe. **Palas Atenea, entonces, no Mercurio.**

Obviamente, aquí no se intenta obtener la necesaria profesionalización de una disciplina. Se enfatiza en cambio un rasgo problemático de nuestra época: la importancia desmedida concedida por los alumnos a la "carrera", al "diploma" y a los espacios de "consagración profesional". *Pero el saber nunca ha conocido la prisa.* ¿Sorprende que los jóvenes graduados se apiñen en buffets, consultorios y estudios antes que en las revistas de debate, en librerías de viejo o en bibliotecas? Es la sintomatología de la enfermedad universitaria. Para no hablar de la incultura de la fotocopia: los alumnos son duchos maniobrando teclados de computadora pero a duras penas recuerdan el formato y la

Salió movida

Por Leonora Kievsky

textura de un libro, nada saben de su biografía, de cuerdas flojas, de hogueras y místicas catacumbas. Indudablemente, la batalla por la emancipación humana exige la estimulación pasional del uso no-instrumental de la razón por la razón so pena de colocar al saber en la lista de especies amenazadas de extinción. Y sin eludir gratuitamente las fluctuaciones del mercado ocupacional, se quiere en estas páginas reafirmar la tradición humanística crítica a la hora de reconstruir una disciplina -la sociología- cuyas certezas y métodos ya están casi obsoletos. Sólo a su tradición genealógica de cuestionamiento y autocuestionamiento debe referirse la idea de responsabilidad vocacional en la disciplina. Por supuesto, no se trata de postular a la Universidad como sede aséptica e inmaculada de la crítica a los poderes instituidos, pues en cierta medida -mayor o menor- ella está constituida por los mismos. Problematicar este vínculo inconveniente, así como proceder al desmenuzamiento y refutación pública de las justificaciones del poderoso de turno bien podría ser una de sus labores futuras. En todo caso, renovar la sociología mediante novedosos criterios de objetividad científica -por más sofisticado que sea el hallazgo- es optar apenas por una mortaja más bonita que otra. Una forma neutra: grado cero de la pasión. El refugio en cinismos pragmatizantes o en nuevas religiones laicas de mercado es la nueva opción social de este fin de siglo, pero las ciencias sociales no deberían renunciar a su dualidad trágica, a sus tradicionales ambiciones políticas o existencialistas o a sus capacidades estéticas de autoespiritualización en beneficio de algún vademécum metodológico, de una biblioteca-tutora de nuevas certidumbres.

Curiosamente, la sociología adeuda a la inestable vida política argentina y a su tradición intelectual, emocional y polémica sus múltiples mutaciones promovidas luego que el impulso original germaniano quedó trunco. Le fue permitida una movilidad teórico-práctica de la que carecen otros campos intelectuales -mejor o más rígidamente- constituidos. En este sentido, no vale lamentarse porque las peripecias institucionales no la dejaron madurar, pues en verdad, las mismas la dotaron de una existencia nómada y vital, aunque no exenta de intranquilidad y muerte. Recientemente, Oscar Terán sugirió que la generación intelectual de los '60 fue una generación sin maestros ("los pares consagraban a los pares"). Vivimos actualmente un momento semejante: pero la falta de referentes a veces motiva un reclamo nostálgico por la excelencia académica de la Universidad post-peronista. Un clamor estéril. Lo que necesitamos es fomentar nuevamente los debates y polémicas que en otra época espiritualizaron y erotizaron pasillos y aulas universitarias, y que fueran protegidos en revistas teóricas y grupos de estudio *ex-cathedra*. El obsesivo afán por yuxtaponer el mercado de capitales al capital simbólico de la sociología sólo agrava el problema.

En la carretera sociológica dos caminos se bifurcan: de un lado, la matematización del universo social, del otro, la crítica impiadosa a la idolatría. Es preciso favorecer un camino sobre el otro (lo que no implica soslayar imprudentemente al otro). Todo lo demás es lenguaje vano y vacío, fórmulas para ganar una beca. A quien le parezca que se ha tensado en modo artificial o exagerado al dueto vocación-profesión conviene advertirle que sólo ha sido una modalidad de evidenciar una situación de peligro general cuyo riesgo aumenta si se minimizan sus síntomas. Y a quien le parezca que se ha tomado partido por una alternativa poco científica, romántica, quimérica o quedada en el tiempo, conviene recordarle estas palabras de Baudelaire en *Consejos a los jóvenes literarios*: "Un hombre sano puede estar dos días sin comer; sin poesía, ni una sola hora".

Pertenezco a la generación que entró a la universidad con el retorno a la democracia. Pareciera que en estos últimos años, en los que cursé la carrera, los diferentes proyectos o posicionamientos de la sociología se hubieran reeditado, como momentos, versiones micro en tiempos acelerados. Reedición del vínculo entre sociología y política, en la transición democrática y primeros años del gobierno radical (presentes el saber sociológico ligado a la transformación social, la sociología profesionalizada y la modernización), posterior y simultáneamente mirada *postmoderna*, crítica escéptica que aún permitía un posicionamiento, vinculada a la figura del intelectual como el lugar de la crítica social. Ahora, *anomia postgermaniana*, pero sobre todo desertización del ámbito universitario.

Resultan otros los tiempos de acaloradas discusiones en las aulas, asambleas, de sensibilidades altamente irritables. Cotidianidad diferente, charla de café ajena -a los temas tradicionalmente sociológicos-, percepción de anacronías, ruinas; a la par que una circulación diversa de las intensidades, que un espacio transitable por distintas apuestas subjetivas, a veces desinteresadas del status de científicidad para el conocimiento o de singularidad para el objeto sociológico.

"... la sociología es un lío ...", de eso tratan las entrevistas. Son múltiples las imágenes del caos: una, interesante, está poblada de tensiones, dibuja en el imbricamiento, en el movimiento continuo, en el azaroso encuentro de fuerzas. Su despliegue confuso y desordenado impide el relajamiento, la comodidad, rechaza la tranquilidad que supondría una sociología *clara* y *ordenada* -imagen deseable y posible, al mismo tiempo que ausente-. El presente se trata más de una estética estática, una fotografía que si hubiera sido sacada a muy baja velocidad, no saldría movida, lío desapasionado, espejos teóricos y no creación de imágenes. Pensamiento sociológico, menos como invención que como duplicación de lo existente.

¿Es nuestro tiempo tan bello, que su encanto sólo nos invita a su reflejo, a un arte realista? Si la sociología constituyó una vía de acceso a la política, sería provechoso preguntarse hoy (dejando de lado la cuestión del saber técnico de lo social), si puede participar de un conocimiento como vía de acceso al *ser* más que a la política; si puede establecer complicidades filosóficas, poéticas, artísticas, en un momento en el que está en juego la producción de sentido.

Militante, un agitador de sueños...

Por Graciela Daleo

Nos vemos en todos los actos. Tiene ese aire un poco contradictorio de los "setenta"-mejor dicho, de los sesenta: están aquí hoy, pero con el fondo de los ojos, al mismo tiempo miran desde atrás.

¿El militante político corresponde a una etapa determinada de la vida de los pueblos? ¿Se considera Ud. un militante?

- ¿A qué llama Ud. militante? Despego *militante* y *militar* de militar. ¡Ojo, que esta palabra nos dice tanto a los argentinos! Militar ... maneja las armas; está en el ejército ... ¿el hombre de acción? San Martín por elección, Belgrano por exigencias del momento. Política y armas. Ya están del lado de "los venerables" en nuestra historia. Militares también Onganía, Videla ... Represión, dictaduras; el camino inverso de la independencia. Todos militares.

- Perón era militar y Ud. es peronista.

- Es cierto: lo soy, pero no porque Perón fuera militar; sino a pesar de ello. Sigo la idea. La cosa cambia cuando militar es verbo. Es curioso. Lo *conjugo* con mi vida hace más de 20 años y recién unos meses atrás me di cuenta que una misma palabra habla de contenidos históricos tan distantes. Entre el sustantivo/calificativo y el verbo hay una zanja por ahora insalvable en Argentina.

- No me responde y casi me abre interrogantes. ¿Qué es un militante?, ¿qué es *militar* verbo?

- Pienso que militante político es aquel que al interrogarse sobre el pasado y el presente, también sobre el futuro, somete las respuestas, que encuentra o construye desde una práctica "conmociónante", al juicio de la historia, no sólo a la de dentro de cincuenta años. Sino a la presente. Y más aún, aquel que hace esa búsqueda con otros, los invita a involucrarse, suma. Zito Lema decía que los pueblos antes de hacer la revolución la sueñan. Militante es el que agita permanentemente ese sueño. Y quiere transformar. Transformar lo material, darlo vuelta, y asociar soñadores para conseguirlo.

- ¿Eso no supone al menos una cuota de soberbia? ¿No es elegir por otros respuestas o preguntas, más bien?

- A veces cierta militancia deriva en soberbia, en mesianismo, como dicen algunos ... pero en realidad, el riesgo de "elegir" por otros se corre siempre que hay intercambio entre los hombres.

El militante se pregunta si tiene derecho a hacer lo que hace. Si tiene derecho a buscar "conmover" a los otros. Soy militante; me lo pregunté en mi primer encuentro *militante* (entonces leíamos a Fanon, a Perón, al Ché. Nos agitaba la justicia, pero también la libertad), y lo sigo haciendo. ¿Qué nos contestamos entonces los que compartíamos el interrogante? Que sí. Descubrimos que es derecho, responsabilidad, elección, y por qué no decirlo, también querer. ¿Cómo *no enamorarse* de la idea de poner ante los otros un mundo más bello? Es que en la militancia el motor es el amor, a los otros, y a uno mismo.

- Pero ¿cómo conjurar el deslizamiento a la soberbia? ¿Está seguro que "los otros" quieren ese mundo que Ud. cree más bello?

- Y ... mire ... uno milita con otros y entre otros. Busca los otros. Si en ese camino "no conmueve" ni "se conmueve", aunque se crea el

dueño de un saber valioso, se estrella contra quienes pasarán de largo. No es un profeta ni depositario de secretos cuya revelación dosifica a gusto para acumular poder, aunque el tema del poder es un eje en la militancia política. El militante es más bien el que toma la iniciativa para ir hacia los otros, plantea políticas para organizar, imagina caminos para alcanzar esos sueños que sueñan muchos.

- ¿Hay una ética particular del militante, como la hay en distintas profesiones?

- Que quede claro: no creo en la militancia como *profesión* de la que se vive, o una actividad como tantas otras. Es más bien *en lo que se vive*, una forma de vida. Y creo que también por eso, sobre todo por eso, hay una "ética del militante". Ni compartimentada ni de élite. En ella confluyen los valores del pueblo, presentes en aquellos con y entre los que se milita. No lo dije antes, pero quiero aclararlo: el militante político tiene un espacio y un tiempo en el que está inmerso y vive. Vive. Espacio y tiempo histórico, político, social, y hasta geográfico. Somos producto aunque antes hablé de *tomar iniciativas*. Pero se hace desde una tierra, desde una clase, una historia en la que uno se reconoce. Por eso los valores tienen que ver con ese territorio humano de pertenencia, no sólo por nacer, sino por elección o por identificación. El militante busca integrar en esa ética específica valores que reconoce en los otros, que pueden estar dispersos, trabados en su ejercicio y vigencia por los límites impuestos por las relaciones sociales existentes.

- ¿Por ejemplo?

- La solidaridad. Es, como producto histórico, un valor, y aparece cristalizada en códigos de muchas culturas, pero su ejercicio real se choca con las condiciones materiales y sociales del capitalismo. Por eso se ve en los otros, en el otro, al competidor, al rival, no al sujeto con el cual "socializarse", "integrarse". Esto es lo que nutre -más allá de los catecismos- a la ideología dominante; predominante.

Como agente de conmoción el militante buscará *valorizar* este valor en su accionar y pensar y también imaginar caminos para "avivar" -ojo que digo avivar, no resucitar, o generar- las brasas solidarias existentes allí donde milita. Y lo hace desde el ejercicio del valor.

- El militante no es un neutro repartidor de valores. Ud. decía que tiene una ubicación de tiempo, espacio y clase. Pero ¿para Ud. vale sólo con que alguien milite?

- Precisamente porque la militancia es una opción de vida, creo que pesa hacia dónde y desde dónde va esa opción y con quiénes se hace. No es una opción "avalorativa". No creo que valga calificar en abstracto.

- ¿De qué historia habla cuando dice que el militante se expone al juicio de la historia?

- Tiene que ver con lo anterior, con la historia que se escribe durante y después, y también antes. Y quién la escriba. Porque militar es un compromiso, y también es un terrible riesgo. No siempre el resultado es el soñado, y no podemos evadir esa responsabilidad: el militante sabe que no es impune. Debe responder por aciertos y errores. Este es un aspecto. Y el otro, ¿quién escribe la historia que te juzgará? Fidel Castro sintetiza su alegato tras el Moncada con "la historia me absolverá". Apuesta a una historia que escribirá -y la está escribiendo- el pueblo cubano. El condenado Massera -no porque lo piense como "militante", sino porque se "pone" ante esa jefatura de la que hablamos- decía en su alegato que los jueces tienen la crónica, pero él tiene la historia. Apuesta a una historia, que si es escrita por sus pares, lo condecorará.

Por eso la construcción de la memoria popular forma parte de la militancia, es abonar el terreno desde donde seremos juzgados.

- ¿No es querer correr con ventaja?

- Es correr el riesgo de haber decidido ser actor y sujeto.

Siete años después

Por Esteban Vernick

I. La asamblea

"Vamos a tomar el diario La Prensa, compañeros -vociferó un exaltado militante con la convicción de que iba a ser ovacionado-, y exigir la reincorporación definitiva de Portantiero y de Ipola". La propuesta sonaba acorde con el clima de ese hiato entre lo que sabíamos que había quedado trunco diez años antes, y el nuevo ciclo que nos tocaba fundar. Era marzo del '84.

Desde el recalcitrante diario se había lanzado una editorial en contra de los "marxistas", y una solicitada en contra del rumbo que la nueva administración le imprimía a la carrera de Sociología. Los firmantes eran los docentes de la dictadura que estaban ahí: habían tomado los exámenes de diciembre, sus contratos recién se vencían, estaban sus libros -a manera de invocación cito: Pistoletti y su homónimo manual, el Capitán Lazzari, el filósofo García Venturini. El proceso no estaba muerto del todo.

El movimiento estudiantil (acaso en ese congelado momento de la historia la expresión tome su mayor sentido) apoyaba esa operación de bautismo. Sacar a los de la dictadura para ocupar en ese lugar a los nuevos demócratas. Y los profesores cuestionados en la solicitada eran quienes más emblematicaban ese recambio institucional.

Sin restar importancia a lo que fue esa avanzada democrática en la Universidad, creo que el diario La Prensa interpretó tan mal el posicionamiento de Portantiero-de Ipola como lo hizo el movimiento estudiantil. Tanto la derecha pro-Proceso como el progresismo de los estudiantes se detienen en los documentos de la época anterior, de los setenta en los que se postula una suerte de radicalización armada de la historia. Y desde ahí comenzó, por contraste, el desencanto con las teorías del pacto democrático (1), que signaron buena parte de nuestras discusiones.

II.

¿Fracasó la Sociología? Me pregunto más bien, si fracasamos nosotros en o con la Sociología. Si nuestra participación desde aquel período a la fecha se ajustó al programa que nos fijamos. Intento pensar un nosotros abarcativo de quienes ingresamos a la carrera de sociología por el '83, '84 con la aspiración de aunar ciencias sociales con transformaciones políticas.

Se abría un nuevo ciclo y nuestra misión era entrelazarnos con los relatos que oíamos de la época anterior. Héroe y traidores componían nuestra mítica imagen de la juventud de los años precedentes, desde la cual nos sentíamos llamados a emprender la nueva gesta (2).

Sin embargo nuestro optimismo se fue paulatinamente desencantando. Rubén y Pablito tuvieron algo que ver. Recordémoslos.

III. La manifestación

Faltaban mover pocas piezas hasta las elecciones del '83 y la vuelta a la democracia. Cuando parecía que el régimen ya se replegaba, surgió la noticia. Se habían chupado al último desaparecido de la dictadura: Rubén Alvarez. La información que comenzó circulando entre los partidos políticos pasó a la prensa. Desde el rumor hasta que la noticia se hizo pública la tensión y preocupación fue aumentando. Era posible que con ese golpe se quebrara el rumbo eleccionario. Exigir su aparición inmediata era nuestro bautismo en la lucha política. Se lo retrataba como un dirigente del Partido Intransigente que había activado en la época anterior en el ERP. El partido de Alende tomó la iniciativa -si habían elegido un cuadro de ese partido era por su "combatividad", explicaban- denunciando el hecho ante la prensa y el Ministerio del Interior. Todos los dirigentes de la época participaron: Alfonsín, Bittel, Saadi, el MAS, el PC, la FUBA -con Sociología a la cabeza-, los organismos de derechos humanos. Se llegó a asociar el hecho con las muertes de Rosario que

habían sido las últimas acciones espectaculares de los servicios.

Durante toda esa semana la movilización fue permanente. Hubo distintas movilizaciones que culminaron con la gran concentración de las Juventudes Políticas frente a la Plaza Congreso. Hasta que, al otro día, el esclarecimiento cayó como un balde de agua muy fría.

Fue un escueto telegrama fechado en R.J. Era el mismísimo Rubén Alvarez que seguía los acontecimientos desde una cálida playa carioca. Estaba vacacionando y era su foto la que veía en el journal sin entender nada, mientras eran miles los que coreaban su nombre en la Argentina. Fue un dramático equívoco. Se trataba no de un desaparecido, sino de un turista. Resultó una humorada de la historia difícil de asimilar.

Yo recuerdo que cantábamos: "y ya estamos en la calle / y venimos a luchar / por la vida de Rubén / militante popular ..."

IV. El dirigente.

En algún momento de nuestras vidas universitarias todos quisimos a Pablito.

Fue un dirigente estudiantil surgido al calor de esos años '83- '84. Fue ciertamente famoso y hasta admirado. Alguien que derrochaba cariño a su paso. Actuó con éxito en la Facultad de Sociología hasta que todo se le vino abajo y se tuvo que ir. Fue cuando, en medio de una asamblea, un grupo de sus ex-compañeros lo denunció. Por chorro. Por haber retirado para sí fondos del Centro de Estudiantes que él administraba desde la Secretaría de Apuntes. Ese día se tuvo que ir repudiado y habiendo dejado una triste deuda.

Pero eso no fue lo peor. Eso sirvió para que de un día para el otro se alquilara una vieja casa en su Villa Martelli natal, se comprara un saco gris y un equipo de gimnasia Dufour. Lo peor fue su estilo político que partía de una suerte de dupla amigo/enemigo por la que intimaba con sus adversarios políticos para después, llegado el momento, pelearse y difamarlos. Su práctica suponía el pasaje del angelical joven militante a la jactancia entre sus "segundos" (para quienes él era una especie de "rey sol") por sus "triumfos" políticos: haber dado vuelta una asamblea, desplazado algún sector de su posición en las listas, o (frase que él acunara) "acostado" a alguien. Su miserabilidad llegaba al extremo de hacerse trompear para después, con la cara lastimada, fotografiarse ante la prensa. Pobre Pablito, que será de su biografía política.

V.

Obviamente no toda la política que hacíamos durante la transición tomaba la forma que caractericé -en realidad, caricaturicé- con estos ejemplos. Contemporáneamente a Pablito, incluso cerca de él, hubo honestos y valiosos dirigentes estudiantiles. Nuestras manifestaciones no fueron de ninguna manera -como la de por la vida de Rubén Alvarez- en vano; actuaron, particularmente en el tema de los derechos humanos, como última reserva de la ética social. Muchas de nuestras disputas acompañaron los avances y las contramarchas del período.

Pero, si la situación actual es también resultado de aquel recorrido, no puede nuestra conciencia generacional escapar de sus hitos. Y en ellos se moldearon quienes hoy comienzan a aparecer en públicas situaciones de la vida política e intelectual. ¿Si fracasamos? No, si es que alcanzamos a enlazar nuestros demorados compromisos colectivos.

NOTAS:

(1) Portantiero, en la entrevista que publicamos en este número, argumenta que entre el fin de la revista *Pasado y Presente* y los primeros números de *La Ciudad Futura*, está la producción intelectual del exilio mexicano conectando ambos períodos.

(2) Encuentro estimulante el artículo que sobre la generación inmediatamente anterior - quienes por esos mismos años salían de la Universidad- escribiera Lucas Rubinch. (*Retrato de una generación ausente*, Punto de Vista, posteriormente editado y discutido en *Los Días del Viaje*, N° 1)

RESEÑAS CRÍTICAS

Pensamiento trágico y pensamiento social

(A propósito de *Nuestros Años Sesentas*, de Oscar Terán, Punto Sur, Bs.As, 1991)

Probemos considerar una época como un sistema de ecos. Un tema previo que, mejor dicho, se va desintegrando en sucesivos ecos. ¿Cuál es el límite de una época? Muy sencillo, el borde de todos los ecos, la última repetición empleada para esparcir una gama muy diversa de temas.

En *Nuestros años sesentas*, O.T. estudia la "violencia de las pasiones ideológicas" tal como fueron convirtiéndose en un entramado discursivo que ocupó la época. Aunque el autor afirma haberlo evitado, se trata de una narración trágica. En la tragedia cada acción es el eco de otra. Nunca se actúa sustantivamente, es decir, sacando de sí todo el impulso. Al contrario, se actúa sin conocer la trama, ese entramado discursivo, de la terminología de Terán. No hay proporción conocida entre intenciones y resultados, y eso hace a la mejor definición que podamos contar de la actividad creadora. Por otra parte, toda acción siempre se muestra con una aptitud para ser el eco de otra. Una época, así, es una yuxtaposición de ecos. No hay problema en llamar a esto: ecos discursivos. Aquí se muestra el libro de Terán en toda la destreza filigranada de su composición. A través de un enhebramiento de citas.

¿Qué es citar? Es el oficio trágico por naturaleza. Si no citáramos no tendríamos noción de lo que es la imaginación trágica, con su correspondiente estilo narrativo. Cuando se cita, estamos levantando un pedazo del mundo, como quien despega unos centímetros de macadam de una gran carretera. Lo trágico es una acción que, en la relación de sus intenciones con sus resultados, es totalmente *ingenua*. Ahora bien, la cita siempre es a posteriori. Supone un tiempo sucedáneo, que es el que justamente permite citar, es decir, colocar en otro presente un trozo de *pavimento* robado de un texto perdido. Al recobrar sentido, ese texto se torna trágico, pues su ingenuidad real es diluida en su insinuada gravedad.

La gravedad pasa a ser la nueva realidad. Las palabras, por más insustanciales que sean -y siempre los son- recuperan lo que en el fondo buscan, un lugarcito bajo el sol, su propia exterioridad trágica.

El solcito iluminador de la tragedia. Decimos que hay tragedia -no importa qué otras definiciones se hayan dado al respecto- cuando se realizan actos que no cuentan con su completa inteligibilidad y que pueden ser *citados* a posteriori como parte de una maraña cuyo corazón explicativo unirá las piezas dispersas en un más-allá catastrófico.

No se trata sin embargo de una catástrofe obligatoria ni la reconstrucción de lo que pasó una vez conocido el desenlace "fatal". La catástrofe, en este caso, es el choque entre la acción histórica que no conoce sus resultados completos y la visión del historiador que recompone los hechos. En este sentido, *Nuestros años sesentas* es un libro trágico, tanto como lo es la *Historia de la Comuna de Lissagaray*. La diferencia es que éste se propuso copiar a Esquillo cuando relataba cada paso que daban los comuneros hacia la inmolación. Aquí da la impresión que cada uno conoce su destino. El viejo Delescluse discursaba en el Hotel de Ville pero sabía que iba a subirse sobre unos adoquines en la Rue de Rivoli para dejarse matar por los *pantalons rouges*, los soldados de Thiers. Ese es un tipo de tragedia narrada, no el más convincente. Los personajes trágicos no pronuncian palabra que no sea una *ceremonia para su muerte anunciada*.

Hay posibilidades menos agobiantes. Es la de presentar la época como un sistema de irresponsabilidades compartidas, como una textura de ecos que llevan a otros ecos. En efecto, cuando decimos que hay ecos, imaginamos protagonistas que actúan frente a sonoridades ya pronunciadas. Son esas palabras que cargan el ambiente, la electricidad discursiva reinante. Eso se reconstituye luego a través de citas, tal como hace Terán con pincel de cerda fina. Fileteo tras fileteo. La forma de cita que elige Terán es la del eco progresivo de un mismo tema, que va rodando por diversos intérpretes, que le prestan sucesivas voces. Citas en abanico, donde a una frase de Martínez Estrada le responde una de Jauretche, otra de Germani, alguna de un articulista de *Criterio*, algún editorial de *Sur* y como cierre algún parecer de David Viñas. ¿*Champ intellectuelle*? No, porque así se desmerece la cosa, por más que a Terán le atraiga la idea de componer la época como un clima cultural que va completando todos sus temas, efectivizándose por fin cuando sobreviene el *crepúsculo*.

¿Cuál sería la forma de escapar a la narración trágica, tal como parece desearlo Terán, Oscar? Sencillamente, opciones del tipo Halperín Donghi, que son las opciones de la historia social, que disuelve en la mentalidad el despunte trágico. Al actuar por *mentalités*, la gente ve limitada la *hybris*, el exceso de la propia pasión, la disposición a la incontinencia de lo que se ambiciona. Lo social es siempre diverso a lo trágico. En cambio, lo azaroso, lo contingente, no es lo contrario a lo trágico tal como aquí lo consideramos, porque *no saber lo que ocurrirá* es la tragedia del sujeto. La narración póstuma

MINIMAS:

Marsal, Francisco, *La sociología en la Argentina*, Fabril Editora, Buenos Aires, 1963.

Probablemente la única historia de la disciplina sociológica en la Argentina que se remonta a principios de siglo. Se analizan las diversas modalidades que asumió el discurso sociológico desde la última década del siglo pasado: filosofía especulativa, discurso profesoral de cátedra, ensayismo social, marxismo vernáculo y se culmina con la sociología científica fundada por Germani a la cual se compara elogiosamente en relación a sus antecesores "precientíficas", antediluvianas. *

Germani, Gino, *La sociología en América Latina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964.

A pesar de examinar las condiciones de desarrollo y de realizar un inventario de la sociología científica en el continente, Germani

dedica buena parte del libro al análisis de la naciente disciplina sociológica en la Argentina. Se trata de la extensión de un escrito que había sido presentado unos años antes bajo el título "Informe del Director de la Carrera de Sociología". Cuatro años más tarde Germani escribiría en la *Revista Latinoamericana de Sociología* un artículo incisivo, una especie de arqueo de caja revelador de la situación de la disciplina en el país al comienzo del Onganiato. *

Verón, Eliseo, "Sociología, ideología y subdesarrollo", en *Revista Cuestiones de Filosofía*, Año 1, Nº 2-3, 1962.

Uno de los primeros artículos críticos sobre la sociología "científica" en la Argentina que preanuncia la marea rebelde que anegaría poco tiempo después pasillos y aulas de la Carrera de Sociología. Se pasa revista a la labor de Germani, al problema de los fondos de financiamiento y a los vínculos complejos que unían estrategias

es trágica porque el hecho que la antecede es una composición *bruta* de casualidad y tensión con otros hechos. Esa tensión hace a la pluralidad temporal interna a cada presente dado. De ahí, los *ecos* que mencionamos. Toda realidad es un eco, pues actúa tomando lazos con cosas ya pronunciadas, formas externas de voces que la distancia estira con pérdida real del inicio.

Halperín, sin embargo, también maneja lo trágico con oculta sutileza. Como Terán, es cierto, pero con otra connotación. Por ejemplo, en el gran trabajo, acaso lo mejor que ha escrito, sobre el fraile Mier, titulado *El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios*, tiene una notable perversidad. Lo perverso es el hecho intrínseco a la vida intelectual o a la biografía de los letrados, pues se trata de una persona que no sabe su lugar. Está fuera de foco, siempre desencajada del orden, pero sin percibir los motivos profundos de esa perturbación. Por eso, el malestar, la revulsión, la carrera individual en medio de un mundo convulso y la propensión perversa a la invención de mitos. Difícil esquivar esa perversión en el oficio intelectual: es su esencia sutil.

Lo trágico es lo sutil. Aquí Mier, el "Mier" de Halperín Donghi se muestra superior al "Masotta" de Terán, que es un cumplidor con las atmósferas que le traza el momento. Estar fuera de lugar es más trágico que estar en su lugar. Pero Masotta tampoco está en su lugar, pues también es un inventor de mitos revolucionarios enlazados con su propia biografía en *cursus honorum*. Incluso Masotta sería quien más acepta una crónica de sus propios desplazamientos intelectuales tal como lo cuenta en su autobiografía arltiana, diciendo que primero tal cosa, después tal otra, un Sartre relevado por un Merleau-Ponty, luego vino un Lacan, etc. El libro de Terán, como tiene varios planos, uno de ellos es el del anociamiento de las querellas intelectuales de "nuestros sesentas", en plural. Este plano está opacado, subyacente, disperso. También Terán ha dispersado las biografías, todo ello a diferencia de H. Donghi. Impera entonces una cierta episteme, a través del ramillete de citas extraídas de un vasto depósito mudo. Hablan las citas, partículas quirúrgicamente extraídas, odontologías de precisión en un cuerpo de materiales caóticos e inexpressivos. Terán vuelve a decir cómo eran las cosas que se iban encajonando, mientras todos hablaban al unísono sin escucharse. Sólo puede reconstruirse eso con el método de la cita trágica, uno dice algo, el otro lo retoma, hacen circular como monedas romanas el espíritu enterrado de época. Lo epocal, como quien dice, el eco multiplicado de citas, algo así como todos midiéndose con todos, relojeándose hasta la saturación. Todos se buscan, por eso demostrarlo con la citación mutua posterior, es trágico. Mejor dicho, lo es en la intervención del historiador que investiga los vestigios *después*, disponiéndolos uno tras otro como una rapsodia.

Pero Masotta siguió de largo, a Viñas lo escuchamos en este tiempo presente y ciertas polémicas no están encarpadas en nuestro

irremediable pasado. Si le hiciéramos caso a Terán, la vida sería algo así como un doble acometimiento: primero de orden *intenso*. Pronunciándose por primera vez, en un compromiso literal, una creencia sin renuncias o fisuras. Creer sin más. Ese lazo con la situación que no admite nada más que el instante, el momento, el contorno dado del presente. Pero luego del orden intenso (y macizo) viene un segundo orden, el orden de la revisión de aquello que fuimos, la piel de víbora anterior en examen. Entonces, haber creído, si bien no suena ridículo, está sometido a otra retícula, que sería la del temor de volver a un grito a los vientos, o tirar un pedrazo a la nada, sin reservarnos el derecho de rectificación o desandamiento. Pero lo trágico es que no se puedan desandar las cosas. Lo trágico es que algo se consuma y nos deja para siempre fuera de lugar. No tenemos el secreto para aliviar el exceso que pusimos al creer que una expresión completa no nos obligaría, luego, a una autorefutación, o a la autocrítica, que es su modo menor.

Pensar en lo que fuimos y reescribir una historia refutada con la apariencia de una cáustica investigación, es el mérito de Oscar Terán. *Nuestros años sesentas*, en plural esta última palabra (¿por qué?), contiene una investigación sobre el tiempo irredimible y plantea el problema asombroso de cómo perdurar en los hilos incandescentes de la historia sin hacer del pasado una ebriedad que pasa y deja sólo incitaciones arqueológicas. La prosa de Terán es trágica; la investigación, severa; la documentación, sinfónicamente ramificada. La pulida superficie del texto se sostiene en una idea del *remoto presente*, un tiempo sumamente cercano que está tratado como si fuera el de una civilización extinguida, lunar, galáctica. Así, la piel del texto se mantiene en lucha contra biografías, ideologías y debates teóricos esparcidos en planos secundarios, alusivos, como la ceniza general que recubre el período. Esa es la gran habilidad del autor de *Nuestros años sesentas*, en plural. Encerró en un texto circular, teatral, planteo, nudo, resolución, lo que podríamos considerar como piezas sueltas, atemporales y de mayor perdurabilidad que la sentenciosa culpa del sesentismo que cae sobre ellas. Hay personas en su época; personas que se sustraen a una época; y épocas que se retiran dejando desnudos a los sujetos. El libro de Terán es parte mayor de una pregunta sobre la educación para la vida crítica, algo así como el aguante, el soporte, el soportar éticamente, las mudanzas de climas históricos. En efecto, se trata de *qué se puede hacer para disminuir la inocencia trágica sin ser conservadores éticos, y qué se puede hacer para no creer que somos monturas* que se ponen sobre cada espinazo histórico, apenas. En este último caso, es necesario evitar la comodidad de sentirnos *hijos de época*, cumpliendo con destinos trazados por epistemes generales, una forma del destino que poco tiene que ver con la raíz cognoscitiva de la tragedia, que es la misma que la del pensamiento crítico. La de sentirse suavemente, siempre y bastante, fuera de lugar.

H.G.

desarrollistas y saber sociológico. Este artículo sería recopilado en un libro seis años más tarde. •

Verón, Eliseo, *Imperialismo, lucha de clases y conocimientos. 25 años de sociología en la Argentina*, ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1974.

Originalmente se trataba de un informe presentado a un Congreso de Sociología en Puerto Rico. Puede entenderse como la ampliación de las tesis expuestas en 1962. Se disecciona fría y críticamente a los años Germani así como se cuestiona la cientificidad de la así llamada "sociología nacional". Un muestrario asimismo de la escritura sofisticada de Verón, poco habitual en la época. Es dudoso que el autor reafirme al día de hoy las opiniones que sustentaron este libro. Se incluyen datos y estadísticas sobre la sociología en el país. •

VVAA, *Del sociólogo y su compromiso*, ed. Libera, Buenos Aires, 1966.

Se trata de la publicación de las intervenciones presentadas en un Seminario coordinado por José Luis de Imaz en noviembre de 1965. Participaron Gerardo Andujar, Adolfo Critto, Floreal Forni, Francisco Suárez, Juan Carlos Agulla, José Enrique Miguens y el propio de Imaz. Una interesante lectura pues ofrece un fresco de la situación de la sociología que aún se autoconcebía "profesionalizable", pretensión previa a las polémicas metodológico-políticas que la desbandarían en apenas un lustro. Asimismo, un encuentro raro entre sociólogos de la UBA y de la Universidad Católica, luego amontonados en la Universidad del Salvador a causa del forzoso destierro inducido por la Espada y la Cruz.

Todo lo que Usted siempre quiso saber sobre el campo (y nunca se atrevió a preguntar)

(A propósito de *Intelectuales y política en la Argentina*, de Silvia Sigal, Puntosur, Bs.As, 1991)

Convengamos de movida que la noción de "campo intelectual" evoca reminiscencias demasiado notorias como para que tras su implacable huella sea fácil producir investigaciones o estudios demasiado originales. Dicho esto, es necesario reconocer sin vacilar que el de Silvia Sigal constituye un logrado intento de reconstruir el modo en que, a partir de 1955, se construye entre nosotros un *campo intelectual* en la zona donde se encuentran una "esfera política" (que en nuestro país había sido tradicionalmente refractaria al desarrollo de la reflexión crítica, o bien la había tolerado al alto costo de incorporarla en su seno bajo la sombría figura del *Consejero del Príncipe*) y una "esfera universitaria" sumamente vulnerable a los avatares de lo que un sociólogo del conocimiento llamaría la "historia externa" de los saberes que la habitaban. Definiendo un tipo específico de intelectual caracterizado por la paradoja de su débil inserción en el Estado y en las organizaciones de la sociedad civil y el fuerte peso de su pertenencia política en la definición de su identidad y de las formas de su práctica académica y teórica.

Ya Beatriz Sarlo nos había dicho algo (pero no fue la única) sobre aquellos años en que "el trabajo intelectual y el trabajo de producir nuevas perspectivas políticas habían encontrado un punto de encuentro". Sarlo destacaba la importancia que adquiriría, particularmente en la constitución de un espacio intelectual de izquierda, la relación entre la propia práctica teórica y la actividad política, y subrayaba el papel central que, sobre este entendimiento, había tenido la discusión sobre el peronismo: "entenderlo era la condición para construir una izquierda o para modificarla; entenderlo era también superar el período de su exclusión, reincorporarlo a la política" (1). El tema ha sido, en efecto, sobradamente discutido entre nosotros en los últimos años, lo cual -anotémoslo casi de pasada- no deja de ser significativo: Rubén Zárata ha destacado con razón la no inocencia de la caracterización del decenio '56/'66 como una especie de "época dorada", como el entrañable telón de fondo sobre el cual (en combinación con el "trasfondo político de la transición a la democracia" y "el marco ideológico del ideario de la reforma del 18") se pensó la necesidad de la reconstrucción democrática de la Universidad y de la cultura argentinas durante

-digamos- el sexenio alfonsinista. (2)

Pero el trabajo de Sigal -que se incluye en un proyecto colectivo de dimensiones más vastas acerca de la relación entre intelectuales y política en América Latina- agrega a esta discusión un par de notas del mayor interés: Primero, una prolija descripción de los efectos de los acontecimientos políticos de la época (resumiendo: la "traición Frondizi", Cuba, el debate sobre la Universidad) sobre la dirección de las líneas de pensamiento teórico-político dominantes. Después, una acabada caracterización de la importancia que tuvo la conformación de grandes "campos culturales" en torno a un puñado de publicaciones donde por varios años se reunieron los mejores y más relevantes exponentes de las vanguardias políticas y estéticas nacionales: Sigal destaca así la importancia de la "doble ruptura" de Contorno (literaria, frente al liberalismo oficial y el realismo clásico; política, frente a los antiperonismos de derecha y de izquierda: al eclecticismo neutralizante y al instrumentalismo partidario) y de la reformulación del drama clásico acerca de la relación entre intelectuales y clase obrera en el marxismo "aggiornado" de Pasado y Presente.

Una sociología de la sociología, en fin, de indudables méritos. Lo que no es poco decir. Imposible saber cuál habría sido el resultado final del esfuerzo si su autora hubiera resistido menos la tentación hermenéutica del historiador de las ideas, el compromiso crítico del analista político o la vocación dramática del biógrafo.

E.R.

NOTAS:

(1) SARLO, Beatriz, "Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?", en *Punto de Vista* N°25, Buenos Aires, 1985, p.2.

(2) ZARATE, Rubén, "Ideología y política", en *Politicón* N°3, Rosario, 1990, p.1.

Delich, Francisco, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. 25 años de sociología en la Argentina*, El Cid Editor, Caracas, 1977.

Se trata de un análisis crítico de la historia de la sociología en la Argentina periodizada en tres etapas: la sociología de "frac", la del "cuello blanco" y la "descamisada". La primera corresponde a la sociología de cátedra cuyo representante máximo fue Alfredo Poviña, la segunda a la sociología "científica" emblemática en el proyecto de Germani, y la tercera corresponde al intento refundacional de las "cátedras nacionales". Se analizan también los avatares de la sociología "marxista" •

Di Tella, Torcuato, "30 años de sociología en la Argentina", en *Revista Desarrollo Económico*, 1980.

En este polémico artículo Di Tella pasa revista no sólo a la historia intelectual de la disciplina, sino asimismo a sus realizaciones profesionales. Rubro por rubro (demografía, sociología agraria, políticas sociales, etc.) se mencionan los caminos abiertos por diversos especialistas a partir de la epopeya germaniana. El artículo no ahorra críticas ni denuos a la "falsa" sociología.

C.F.

A NUESTROS COLEGAS Y A LOS ALUMNOS (*)

En el actual clima de discusión en sociología -a partir de las reuniones por áreas temáticas propuestas por la dirección de la carrera- creemos que podría ser útil hacer públicas estas reflexiones sobre nuestra propia experiencia como docentes de una disciplina comprometida en establecer un diagnóstico de nuestro tiempo, en la comprensión de los nuevos ámbitos en conflicto cultural, en la transformación de la vida social y en la modificación de los procesos de exclusión social que caracterizan a nuestra sociedad.

La carrera de sociología de la UBA cumplió más de 30 años. Hoy se encuentra en medio de viejos dilemas, tal como es reconocido por todos y con la promesa de un debate en el cual, como siempre, la sociología debe demostrar que cada acto de conocimiento es una práctica que también interroga por entero a su propio cuerpo conceptual. La separación de la carrera de la primera institución que integraba -la Facultad de Filosofía y Letras- para pasar a formar parte de una nueva facultad de 'cinco carreras', es un hecho a cuyas plenas consecuencias aún se asiste y que debe ser motivo de reflexiones atrevidas. El itinerario institucional de nuestra carrera, desde luego, se superpone a la historia política del país y de la Universidad. Dónde situar el estudio de las ciencias sociales es un dilema de las ciencias sociales. La actual Facultad de Ciencias Sociales debe aún enriquecer el diálogo intelectual y cultural, para no quedar en la mera suma de carreras.

No podemos interpretar que el tránsito desde la calle Viamonte -a fines de los años '50-, pasando por el caserón de la calle Independencia, el viejo Clínicas, la Facultad de Derecho en la época de los militares, luego la Ciudad Universitaria, cuando dependía del Rectorado, y ahora Marcelo T. de Alvear, sean otra cosa que 'estaciones' de un largo interrogante sobre el estado de la relación ciencia, política y cultura en nuestra sociedad. La sociología es institucionalmente itinerante y trashumante, algo así como la ciencia gitana que tiene en la historia conflictiva de todos los territorios que ocupara una demostración de que ni

es un saber acabado, ni es una ciencia residual, y que tampoco funciona dentro de una división del trabajo establecida y normalizada para siempre en el cuadro del saber contemporáneo.

No se puede decir entonces que su desprendimiento de la Facultad de Filosofía y Letras sea una *conquista* que la ayuda a perfilar su identidad, ni que la actual Facultad de Ciencias Sociales sea un *encierro* que inhibe sus potencialidades. En ambos casos la sociología no puede limitarse a ser la porción que resta, luego de deducidas las áreas colindantes. La historia política y cognitiva de nuestra carrera y su lugar en la vida intelectual argentina, indican que su mayor creatividad y vigencia coincide con una idea porosa de sus límites y no con proyectos demarcatorios profesionalmente rígidos y metodológicamente ritualistas.

El actual destino institucional de la carrera es un hecho aceptable, pero debe ser enriquecido. Los problemas, teorías y patrimonios culturales vinculados a las áreas de filosofía, letras, historia, antropología y otras disciplinas del campo tradicionalmente cubierto por la Facultad de Filosofía y Letras no puede convertirse en una mera situación *interdisciplinaria*. Las teorías provenientes de esas prácticas cognitivas, no son apenas el resultado de una vecindad interesante, sino la posibilidad de construir lazos teóricos internos que vayan más allá de lo interdisciplinario, abarcando nuevas posibilidades y descubrimientos para el saber, el lenguaje y la práctica de la sociología. Asimismo las carreras de ciencias de la comunicación y ciencias políticas no deben ser vistas como *recortes* realizados en el cuerpo de la sociología, resignando ésta su capacidad de problematizar e intervenir en esos campos.

Al contrario no debemos marchar hacia una serie de compartimentos y departamentos feudalizados en su lenguaje y motivaciones científicas, sino hacia saberes que no se sientan amputados o resignadamente podados luego del surgimiento de otra unidad institucional. La filosofía y sus instituciones no 'perdieron' a la sociología, así como esta no perdió a

(*) Este texto (Buenos Aires, 1991) es resultado de las primeras reuniones de intercambio entre algunos de los integrantes del área de cultura de la Carrera de Sociología de la UBA (Bibiana del Bruto, Leonor Arfuch, Horacio González, Oscar Landi, Silvia Chetjer).

las ciencias de la comunicación. Por eso, toda disciplina puede buscar válidamente un punto en su interior donde no rija ninguna división en su trabajo, punto en el cual se sitúen las tensiones a partir de las cuales se pueda reconstruir todo el orden del saber y todo el trabajo de la crítica. Cada departamento, unidad o núcleo -incluso cátedras- pueden ser así, en vez de celdillas de una imaginaria totalidad que distribuye tareas, competencias, contenidos mínimos, la evidencia palpable de que el conocimiento y la institución tienen relaciones de conflicto permanente y que el conocimiento se produce en medio de la lucha por ampliar, correr o trazar siempre límites renovados, que vibran al compás de la historia interior y exterior de cada ciencia, de cada lenguaje.

Es por esta misma razón que creemos que no hay un único modelo de ciencia social, a modo de un paradigma que distribuiría en su interior, consignas metodológicas, teorías pedagógicas e investigativas que no deberían superponerse entre sí y que mantendrían una identidad perfectamente diferenciada. Tal nitidez sólo existe en los proyectos conservadores y burocráticos de la ciencia. El método no puede comenzar donde termina la teoría ni ésta debe estar escindida de la pedagogía, y la investigación no puede concebirse fuera del compromiso con las acciones anteriores. La ciencia no es una suma apilada de comportamientos que una vez recorridos, como quien pasa del salón *teoría* hacia una salida en el salón *investigación*, permiten encontrar el saber agregado, la producción de conocimientos y los enunciados verificados. Ninguna ciencia contemporánea procede por descubrimientos que emanan de la aplicación de todos los escalones de un corpus de conocimientos ya garantizados, sino que éste último, al entrar en tensión interna -en un auto-cuestionamiento productivo-, se transforma en conocimientos nuevos. Hay puntos de flexión y condensación de todas estas dimensiones, que conservan su particularidad metodológica o teórica a costa de generar nuevos dilemas en cada punto de un continuo: así la exploración al máximo de un conjunto teórico sólo puede tener valor si se lo entiende metodológica y pedagógicamente. Al contrario de las tesis educativistas que consideran el saber como un conjunto de escalones que gradúan la dificultad, es en el punto de mayor dificultad teórica, correctamente fundamentado, que coincide el mayor punto de pertinencia pedagógica, metodológica e investigativa.

No existe un modelo único de ciencia por la simple razón de que tampoco existe un único modelo de investigación o pedagógico. La sociología sólo puede ser el nombre de un combate librado en el propio curso interno de la historia de las ideas que ella produce. Por eso el concepto de interdisciplina es el complemento débil de una ciencia que sólo estaría apta para pensarse como una especialidad finalmente conquistada. Sin embargo no hay un saber específico por fin acotado en un *campo propio* y un *método distintivo* que luego lanza puentes hacia otras especificidades. Siempre debemos estar en situación de puente si queremos estar en situación de conocimiento. Si la sociología resigna su acta de fundación en el seno de una compleja tradición cultural ideológica y filosófica, se convertirá en una especialidad que en el mismo momento en que consiguió codificar su lenguaje y métodos, habrá perdido el interés por el cual tantos espíritus críticos e innovadores le prestaron

atención en este siglo.

De este modo es posible afirmar que la verdadera actitud investigativa, se ejerce cuando sin dejar de estar en ella con el instrumento afilado de nuestras preguntas, encontramos que tiembla el edificio del saber. Si la pregunta es buena tiene que hacer vibrar lo que estaba aparentemente sólido en el campo teórico o pedagógico. Ni la investigación debe ser un nuevo fetichismo con pobres resultados, ni debe quedar limitada a un modelo hegemónico, que parte de conocimientos previos muy asentados que después nunca podrá sorprenderse efectivamente con una vinculación nueva entre las cosas, los sujetos y las acciones.

De la misma manera, la pedagogía no es una cuestión que contenga soluciones monolíticas, cuando en verdad en nuestra carrera nunca hubo, que recordemos, una seria discusión sobre pedagogías y criterios de enseñanza. Los criterios que todos usamos actualmente son una herencia en retazos mal pegados de todas las pedagogías que hicieron crisis en el pasado, partiendo de un sentido común más resistente que las cosmovisiones extintas que los justificaban. Este naturalismo mantiene el lugar del profesor en el aula, pero ya no es capaz de mantener el lugar del conocimiento en los sujetos.

Sería adecuado declarar en estado de asamblea pedagógica a la carrera, iniciando así una discusión madura sobre un terreno tabú de nuestras prácticas, como lo es el del *misterio del aula*, donde entablamos nuestras secretas relaciones, influencias y muestras de autoridad con generaciones estudiantiles que nos brindan su momentánea *cesión de derechos* para dejarnos hablar de nuestras pasiones o caprichos, en nuestro coto exclusivo, donde reinamos ilusoriamente por el lapso de dos horas semanales.

Queremos insistir en una perspectiva que nos parece fructífera: considerar que la ciencia social es un punto de inflexión, no una suma, donde confluyen diferentes tradiciones de trabajo y mundos conceptuales diversos. No hay una ciencia social, hay tradiciones sociológicas y en el seno de ellas, existe el debate científico. La sociología ha coexistido siempre con su propia sombra autoreferencial. Es decir, con la discusión sobre sus supuestos, valores e ideologías. Como tantas veces se ha dicho, la propia sociología es un acontecimiento social que mantiene simultaneidad con su objeto vocacional y profesional. La discusión sobre sus supuestos no es parte de un viejo cántico narcisita que sería aconsejable superar para no quedar en la impotencia, sino condición de su eficacia, incluso laboral. Esta discusión está siempre, y no en un momento de la carrera: esta discusión se superpone en todo momento, porque la discusión de las ciencias sociales con su propia autocomprensión es un acto homólogo a la comprensión de su objeto.

La sociología no es un saber sin objeto pero tampoco lo tiene asegurado de antemano. Cuando más parece preso en nuestras retículas conceptuales, más huye, y cuando extendemos una amplia red alimentada por todas las querellas intelectuales de la época, el objeto puede aparecer en su singularidad nueva. Nuestra carrera siempre fue producto de alternativas históricas e intelectuales complejas. Su mayor sensibilidad siempre estuvo en relación a la diversidad de su vida cultural y al atrevimiento para ampliar horizontes conceptuales. Esa sensibilidad es la que debe ser hoy nuevamente abonada.

JOSE ARICO

La muerte es un enigma repetido. Cuando murió Merlau-Ponty, repentinamente, su discípulo Lefort imaginó lo que podríamos considerar su mejor texto, una reflexión sobre la obra que se acaba y los pensamientos que se alojan en ella, imposibles de rehacer. Allí están, acabados y dispuestos a soportar el olvido y más luego, la investigación de futuros archivistas. Pero son pensamientos que también se vuelven enigmáticos, acaso se despojan de nombres y circunstancias para ser redimidos por lectores activos que están a la espera.

José Aricó fue una presencia constante en el debate de ideas argentino. Pueden decirlo así quienes fueron durante años sus lectores. ¿Qué lectores? También aquellos que no fueron sus discípulos ni sus colaboradores, ni sus compañeros de militancia. Nada hay más cercano a cualquier obra que ser su lector. Nada puede haber más lejano al autor de una obra que aquél que se dispone tan luego a ser el lector solamente de ella. De Aricó éramos muchos los lectores solamente y un lector sabe cómo son los sentimientos y relieves de su mapa interno de preocupaciones. El lector es lo más celoso, irritante y cautivo que puede existir para la obra. En el mapa inconstante de esos lectores se echará de menos una presencia ahora.

Sin duda, sus compañeros de trabajo de tantos años, echarán de menos el sereno ejercicio de reflexión con que Aricó -como intérprete de los grandes giros históricos y como hombre de pasiones políticas- se colocaba ante los acontecimientos. Para quienes lo conocimos menos, no por lejos que pudiera estarse de los avatares e itinerarios de un sector intelectual, se dejaba de percibir la lúcida impregnación que el juicio ponderado y crítico de Aricó arrojaba sobre el drama argentino compartido.

Somos lectores preocupados. Tenemos en la memoria las páginas vivas con que Aricó traza las vicisitudes de los grupos gramscianos en la Argentina, una obra agudamente testimonial en la que al mismo tiempo lucen los mejores recursos de una reconstrucción intelectual e ideológica, al calor de una época implacable. Recordamos aquellas otras páginas en las que analiza con fino rigor el legado y las interpretaciones de Marx sobre América Latina y sus estudios sobre Mariátegui, seguidos por una labor de investigación y recopilación que contribuyó decisivamente a resituar la figura del pensador peruano. Desde la revista y editorial *Pasado y Presente* hasta *La Ciudad Futura*, el sino de Aricó fueron la publicística, la política transformada y transformadora, la ética del intelectual que observa *cum grano salis*, entre la severidad analítica y la calma irónica. Los nombres gramscianos rodean sus exilios y sus trabajos. Precisamente de Antonio Gramsci hereda el análisis bibliográfico como acto decisivo de una política cultural y si algo más pudiéramos decir de José Aricó, es la indudable filiación estoica, laica y humanística que cualquier lector de la prosa gramsciana sabe reconocer sin dificultad. Aricó cultivó ese modo intelectual, el estoicismo crítico en diálogo modelador de las pasiones últimas. De éstas, quiso impedir que llevaran hacia el abismo y sus recuerdos sobre el Guevara que conoce en La Habana, le inspiran uno de sus decisivos escritos sobre la sedienta marca de absoluto que toda una generación deja en la política latinoamericana.

Somos lectores preocupados. Echaremos de menos la palabra de Aricó. Esta revista lo menciona en varias entrevistas, todas ellas realizadas antes de su muerte. En la marejada de libros y bibliotecas que se dispersan y vuelven a juntarse, se van produciendo las ausencias que preocupan al lector. Pero los lectores son atemporales, es cierto, y sólo homenajean leyendo. Sabrá entonces José Aricó volver a ser el autor de ese escrito ya definitivamente escrito y que sin embargo, en la infinita reposición de los días, encontrará otra vez la lectura sin tiempo de quien juvenilmente se disponga a abrirse a los grandes sentimientos de la vida nueva.

\$4

P O R T A N T I E R O

A R G U M E D O

L A N D I

D E I P O L A

D A L E O

F E R R E R

K I E V S K Y

G A L E N D E

V E R N I K

M A R T I N E Z

R I N E S I

G O N Z A L E Z